

EL PETISO OREJUDO (Santos Godino)
Copyright 1960 by J. E. Fentanes

Primera Edición, Febrero 1953
Segunda Edición, Agosto 1953
Tercera Edición, Agosto 1960

MATE COCIDO
Copyright 1960 by Pedro Pago

Primera Edición, Marzo 1953
Segunda Edición, Agosto 1960

Todos los derechos reservados, incluyendo los de reproducción de este libro en forma total o parcial. Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. Es propiedad en lo que se refiere a la presentación de conjunto en sus características tipográficas y artísticas.

Distribuidores exclusivos: Capital, Juan C. Cátulo. Humberto I 915
Interior: TRIUNFO, Lavalle 4024. Uruguay: DIANA, Convención 1479, Montevideo.

Impreso en los talleres de COGTAL - Rivadavia 767 - Buenos Aires - Argentina

1**EL "PETISO OREJUDO"****Obra Original****de****J. E. FENTANES****2****MATE COCIDO****Obra Original****de****PEDRO PAGO**

•

Volumen I

COLECCIÓN 2 en 1

DOS obras completas en un libro

EDITORIAL MAGAZINES, Buenos Aires



EL PETISO OREJUDO

Capítulo Uno

LA MUJER DEL PAÑUELO NEGRO

Don Zacarías se dirigió con paso lento hacia su corralón. Eran más de las diez de la mañana y por una ligera indisposición hubo de atrasarse en su casa antes de ir a trabajar. Mascullaba por lo bajo algunas imprecaciones, culpando su indigestión al tintillo del almacén de la esquina.

Al llegar, el capataz puso de manifestó que en vista de su ausencia había dispuesto las labores del día, enviando a los peones con los carros a los lugares donde había trabajos pendientes. El único que había quedado en el corralón era Francisco, el encargado del depósito.

La calle Victoria estaba tranquila y silenciosa. Sólo de tanto en tanto pasaba alguna matrona con las bolsas cargadas de las compras hechas en el mercado.

–¿No les trajeron las maderas de lo de Ferrari? –Se asomó don Zacarías al patio, preguntándole a Francisco, que fumaba metódicamente su pipa apoyado en la entrada de las cuadras.

–Avisó el hijo que vendrían por la tarde, señor Caviglia –el peón se aproximó, entrando a las Oficinas detrás de su patrón.

En aquel instante el patio quedó solitario. Los tres hombres, en el escritorio, conversaron animadamente. Julio encendió el pequeño Primus y calentó agua para tomar unos mates.

–Vete a comprar un poco de factura –pidióle el dueño del corralón a Francisco, sacando un peso del bolsillo.

El encargado del depósito atravesó la galería. Al acercarse al portalón de entrada le pareció que alguien había salido fugazmente. Miró a uno y otro lado de la calle e hizo un gesto de extrañeza al no ver a nadie. Todavía con desconfianza dobló la esquina de Muñiz en dirección a la panadería. Un chico desgarbado, que vestía chaleco y pantalón largo y una camiseta rayada con las mangas arrolladas, fumaba un cigarrillo con expresión indolente, los codos apoyados en el alféizar de una ventana. Al pasar al lado de éste, Francisco le echó una ojeada, pensando que aquel mocoso, de ser sorprendido por sus padres, recibiría un buen bofetón por atreverse a fumar, ya que no tendría más de doce o trece años.

Cuando regresó de comprar la factura el pibe seguía imperturbable, aspirando voluptuosamente el humo del cigarrillo. El peón volvió a pensar que de ser su hijo le hubiera administrado una buena tunda. Antes de entrar al corralón un aullido lastimero le hizo darse vuelta. El perverso chiquilín terminaba de darle una feroz patada a un perro vagabundo que pasó por su lado.

Pero no serían éstos los únicos acontecimientos que alterarían la tranquilidad del modesto peón. Olvidándose del chico atravesó el patio en dirección a las oficinas, paladeando anticipadamente los exquisitos mates que sabía cebar el capataz. De pronto se detuvo. De alguna parte había venido el leve vaguido de un niño. Parecía más bien una queja lastimera, como si lo estuvieran maltratando, tapándole la boca. Francisco observó a su alrededor. Ahora el sollozo se oía más cerca. Era imposible que hubiera una criatura en el corralón, no obstante podría jurar que el llanto provenía de allí mismo.

Regresó sobre sus pasos, acercándose a los bebederos próximos a las cuadras donde guardaban los caballos. Instintivamente el hombre miró dentro de las piletas y dio un grito.

—¡Don Zacarías, Julio, vengan! ¡Un chico ha caído al bebedero!

La confusión de los tres y el inesperado hallazgo les hizo olvidar el mate. La pava hervía sobre el calentador de kerosene, lanzando un grueso chorro de vapor por el pico.

Por suerte la criatura aún estaba viva. Era un niño como de dos años, que en brazos del peón seguía llorando. Un vecino que pasó a saludar al dueño del corralón, llegó en ese preciso instante, y con más ánimos que los atolondrados descubridores procedió a traer de su casa ropas para cambiar al niño.

Restablecida la calma, don Zacarías entró en sospechas de que el pequeño no podía haber caído por sus propios medios en la enorme pileta. Fue así como interrogó a Francisco, quien recordó la presencia del jovenzuelo que fumaba en la esquina.

—Puede ser que él haya visto algo cuando yo estuve en la panadería.

—Vete a buscarlo y dile que venga. Yo le preguntaré —ordenó rápidamente el patrón.

* * *

El auxiliar de guardia de la Sección 10° recibió con parsimonia profesional las declaraciones de la señora de González. La buena mujer, que aparentaba unos treinta años y vestía modestamente, se refregaba las manos con desesperación.

—¡Mi hijito ha desaparecido, señor!

—Cálmese, señora, nosotros lo buscaremos. ¿Cuántos años tiene su niño?

—Dos—.

La respuesta dejó paralizado al escribiente. Una criatura de tan poca edad no desaparece por su propia cuenta.

—¿Dónde lo vio por última vez? —inquirió el policía más interesado.

—Lo había dejado jugando en el pasillo de la puerta de calle, y cuando volví de colgar la ropa en el fondo Severino ya no estaba... —la pobre madre sollozaba con angustia indescriptible.

—Bien. Vayase tranquila, señora. Pasaremos el parte de inmediato y apenas tenga noticias le avisaremos a su casa.

La desdichada mujer se fue dando las gracias, tapándose la boca con el pañuelo. El meritorio ni se imaginaba que dentro de muy pocos minutos se producirían novedades porque, en cuanto la denunciante hubo desaparecido, en la comisaría se recibió un telegrama de rutina informando el hallazgo de un menor de dos años en los bebederos del corralón de Victoria y Muñiz.

Paralelamente a la escena de la denuncia, otro acto del mismo drama se había representado en presencia de las autoridades de la Sección 12°, cuyo agente Martínez recibiera la comunicación del descubrimiento del peón de don Zacarías.

Francisco, cumpliendo la indicación de su patrón, regresó acompañado del chiquilín que viera apoyado en una ventana de la casa de la esquina. El mocosito encendió un cigarrillo y observó a sus interlocutores con desparpajo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el vigilante.

—Cayetano —respondió el interrogado sin inmutarse.

—¿No viste a nadie entrar o salir del corralón después que Francisco pasó para la panadería?

—Sí —reveló el chico ante el estupor de sus interlocutores.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —el agente estaba enfadado.

—Nadie me lo preguntó —fue la protesta ingeniosa— cuando yo me encontraba en la esquina vi a una señora más bien baja, gordita, que vestía pollera, bata y una pañoleta negra al cuello,

la cual llevaba a un nene en brazos. De casualidad me fijé que entraba al corralón y volvía a salir sin el niño.

–¿Esto ocurrió en el ínterin que don Francisco se encontraba en la panadería, verdad?

–Sí, señor... –el jovencuelo hablaba en un tono más respetuoso, como si la presencia de la autoridad le hubiera infundido un temeroso deseo de colaborar y quedar bien con todo el mundo.

–¿Para dónde te parece que fue esa mujer del pañuelo negro?

–Tomó por Muñiz al sud, y desapareció.

Al finalizar la averiguación el agente solicitó a los testigos del episodio su concurrencia a la comisaría, donde se instruyó el sumario de estilo.

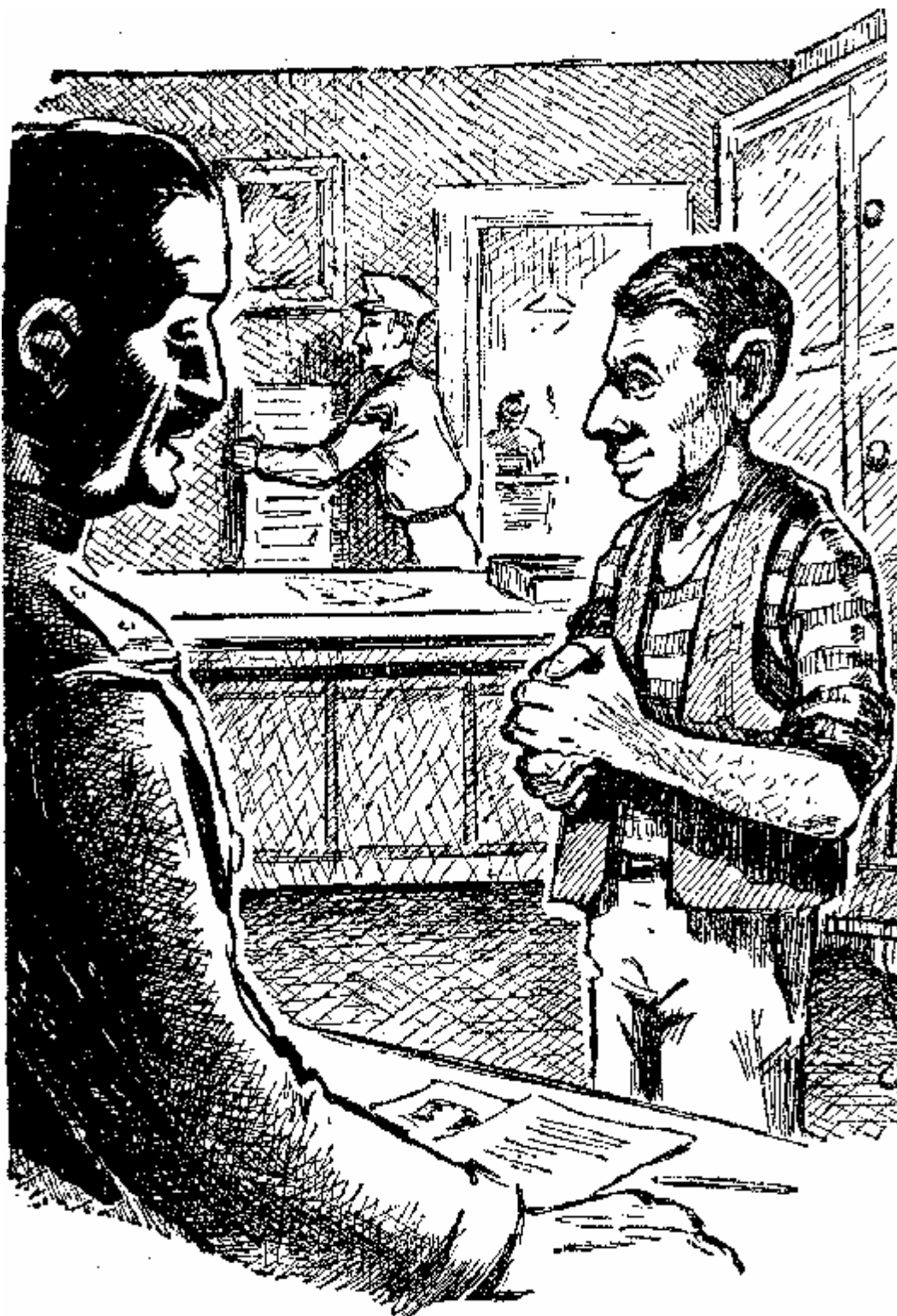
* * *

La señora González fue la primera de las muchas madres que sufrirían la angustiada zozobra de no saber el paradero de sus hijos a partir de ese día. Para ella el drama culminó felizmente con el hallazgo providencial de su pequeño Severino. Pero para numerosas familias muy pronto comenzaría la pavorosa tragedia que azotó a Buenos Aires, transformándola poco a poco en una ciudad de gentes que habían perdido la diaria tranquilidad. El drama derivaría en pánico colectivo, pues la ola de crímenes que se sucedería sólo es comparable a la que provocarían en Londres el tristemente célebre "Jack el Destripador", o M "el Vampiro" en Dusseldorf.

La misteriosa mujer del pañuelo negro no fue hallada, y la justicia criminal hubo de sobreseer en el sumario instaurado por las Comisarías 10° y 12°.

En la capital argentina existía un monstruo incógnito, un ser macabro, cuya refinada crueldad, llevada a los últimos extremos de lo inhumano, conmovería profundamente a los hogares del país entero.

Sería esa mujer que sólo Cayetano había visto, el monstruo cuyos demoníacos designios acechaban la vida de los niños de Buenos Aires... ?



—¿Para dónde te parece que fue esa mujer del pañuelo negro?
—Tomó por Muñiz al sud, y desapareció.

Capítulo Dos

EL DOLOR DE UNA MADRE

La escena en el comedor de una casa modesta del barrio sur. Son las diez de la noche del día 25 de agosto de 1912. Fuera, salpicado por los ocasionales taconeos de algún paseante nocturno, se oye el rumor palpitante y confuso de la calle.

Tres personas están sentadas frente a la amplia mesa de color oscuro. En el trinchante descansan olvidados los platos y las fuentes de la cena, que parece haber sido suspendida. El silencio ha ganado la habitación, cubriendo su ámbito con un tangible presentimiento de tragedia. Un drama oscuro y denso se cierne sobre las tres cabezas casi inmóviles.

La mujer, de unos treinta años y ojos enrojecidos por el llanto, es la madre. El hombre, adusto varón cuyo gesto traduce la cruel inquietud de sus pensamientos, es el padre. El otro es el hijo menor que a pesar de sus siete años sufre y se acongoja al igual que sus progenitores.

La familia no está completa. Falta el mayor: Arturito. Y a juzgar por la aflicción de todos, su ausencia adquiere contornos de gravedad inesperada.

–¡Este chico, –explota de repente el padre–vaya a saber dónde se ha metido!

–No, viejo, –le interrumpe la mujer –estoy segura de que Arturito no ha cometido nada malo. Es un poco impulsivo, pero jamás ha faltado de casa más de dos horas... –el llanto la ahoga impidiéndole continuar.

–Papito... –trata de ayudar el pequeño Edelmiro– ...a lo mejor se entretuvo con ese hombre que le ofreció una propina para acompañarlo hasta Cochabamba y Solís...

El padre no necesitaba más y, tratando de disimular su verdadero estado de ánimo, se despidió con la excusa de averiguar algo por el barrio, pero en realidad se encaminó hacia la comisaría 13°.

* * *

Ha pasado un día, con lo que la angustia de la familia Laurora se ha colmado. Más de veinticuatro horas sin tener noticias de Arturito. Ya el padre no puede seguir simulando y debe revelar a la desgraciada madre la verdad de sus sospechas.

–¿Pero quién puede tener interés en hacer algún mal a nuestro hijito? –pregunta desesperada la pobre mujer.

–Nadie, Laura, nadie –trata de calmarla él, pero para sus adentros piensa: –...solamente un monstruo... ¡un monstruo...!

Mientras esto ocurría en casa de los Laurora, el agente Gallardo se paseaba lentamente por el circuito de su facción en las esquinas de Pavón y Solís. Nada había interrumpido la tranquila monotonía de la diaria rutina, hasta que se le acercaron dos hombres desconocidos en el barrio.

–Mi nombre es Francisco L..., agente; y éste es mi amigo Gerónimo M... –el tono del individuo era agitado y revelaba una excitación inusitada.

–Venimos de visitar la casa vacía de Pavón N° 1541, que se alquila... –informó el otro, con el aliento entrecortado.

–¡ Adentro hay un cadáver...! –reveló el primero.

–¡Parece de un niño..! –musitó el segundo con angustioso gesto.

Esto sí que no se lo esperaba el polizone, pues hizo una mueca de asombro, atusándose nervioso los bigotes. Luego, con desconfianza, previene:

–Ustedes dos no se muevan de aquí–, y extrajo el silbato de reglamento, llamando a su compañero de la próxima parada.

Antes de una hora, y tras haber tomado nota de todo lo constatado a raíz de la denuncia, el policía había dado parte al comisario Eduardo Vivas, por aquél entonces a cargo de la seccional. Este no se hizo esperar mucho tiempo y arribó a la casa vacía acompañado del Subcomisario Barnes. Una vez en el interior, apareció ante sus ojos la macabra escena.

En posición decúbito dorsal con las piernas extendidas y entreabiertas, el brazo izquierdo extendido en forma de ángulo recto con el cuerpo, y el derecho semiflexionado, se encontraba el cadáver de un chico que no tendría más de 14 años. La pequeña víctima vestía una camisa blanca a rayas coloradas, que presentaba manchas de sangre en distintas partes. El rostro le había sido cubierto en parte con un saco azul, y debajo de la pierna derecha se encontró una correa angosta con hebilla. Alrededor del cuello, con varias vueltas y aprisionándose, un piolín trenzado añadido a un cordel. El rostro presentaba un subido color sanguinolento.

De inmediato, y a la espera del médico forense el comisario Vivas practicó la inspección ocular del lugar, la que no condujo a ningún resultado. Según las declaraciones de los dos hombres que hicieron el hallazgo, la llave de la casa la habían obtenido de la sirvienta de los propietarios, que la proporcionaba a quienes la solicitaran a efectos de visitar.

La perfección e impunidad con que actuara el asesino se debía en parte a que la casa lindaba por los fondos con otra propiedad deshabitada, y a que la calle Pavón a esa altura corría frente a una plaza. De tal modo era muy poco probable que la entrada del homicida y su víctima fuera observada por el único vecino, y menos por algún paseante circunstancial.

–La identidad de la víctima es lo primero a establecer –indicó el comisario.

–¿Recuerda la denuncia que hicieron ayer sobre la desaparición de un niño, señor? –lo interrumpió el Subcomisario Barnes, haciendo memoria.

La sugestión fue oportuna. La filiación y ropa del desaparecido Arturito Laurora coincidían con las del cadáver. Se hizo comparecer al padre, produciéndose la primer escena patética del terrible drama que se precipitaba sobre los hogares de Buenos Aires. Con lágrimas en los ojos, tratando de contener el llanto que pugnaba por estallar de su pecho acongojado, el señor Laurora reconoció a su pequeño hijo.

Rápidamente comenzaron entonces las gestiones tendientes a esclarecer el horrendo asesinato. Vivas interrogó a la sirvienta que proporcionaba la llave de la casa vacía a los interesados, coincidiendo las declaraciones de aquélla al referirse a uno de éstos, con las de Edelmiro, el hermanito de la víctima. En efecto, un misterioso desconocido había solicitado las llaves, devolviéndolas pocas horas después con cierta agitación, y dando precipitadamente un domicilio donde no se le conocía y un nombre falso.

El examen del forense dio como resultado la conclusión terminante de que el crimen se había cometido entre las 18 y las 24. Esta circunstancia coincidía con las horas en que Arturito había sido visto por última vez con el desconocido, y con las del momento de presentarse éste a pedir las llaves.

Cuanto sospechoso hubo fue indagado, incluso los que hicieron el macabro hallazgo, la sirvienta, los vecinos y los propietarios de la casa, lo que tampoco condujo a conclusión alguna. El desaliento cundió entre los investigadores, y fue así como el Comisario Vivas debió redactar el último párrafo de su información sumaria de la siguiente manera:

"No escapará al elevado criterio del señor Juez que en hechos de esta naturaleza que ofrecen tan escaso asidero para las averiguaciones, solamente para colocarse sobre las vías que pueden conducir al esclarecimiento, se requiere generalmente un trabajo previo, paciente y ordenado. Dentro del breve plazo que se dispone para la entrega del sumario y de los elementos con que se ha contado, no se ha escatimado ningún esfuerzo, ni desoído ninguna noticia o versión que en ocasiones pueden proyectar luz en una investigación..."

Pero las consecuencias legales, al igual que en el caso de la pileta del corralón, no podían ser otras que el sobreseimiento provisorio. Por el momento los hados fatales que protegían al terrible asesino le eran propicios: los expedientes relativos a sus feroces hazañas dormían en la paz de los casilleros de los juzgados, sin que nadie hubiera imaginado hasta el momento vincular unos con otros. Y si a alguien se le hubiese ocurrido hacer la comparación, por ejemplo, con lo sucedido en la pileta del corralón de don Zacarías, ante su mente se habría presentado el confuso interrogante: ¿Se había transformado en hombre la mujer del pañuelo negro, o ambos asuntos no tenían relación ninguna?

Un hombre, una mujer... ¿quién era el Monstruo? Sólo el tiempo develaría la incógnita, dando una respuesta impresionante.

Capítulo Tres

SIGUE LA SERIE SANGRIENTA

Es el 8 de noviembre del mismo año 1912. El comisario Vivas estaba un poco disgustado porque había debido suspender el almuerzo. Delante suyo un chiquilín de unos catorce años, vistiendo chaleco y pantalón largo, camisa a rayas, y alpargatas, lo mira sin desviar sus ojillos brillantes y saltones. Un pañuelo blanco anudado al cuello y una boina negra completaban la indumentaria del personaje. Su barbilla se pierde bajo la boca medianamente gruesa; la frente escasa y las cejas bajas le dan cierto aspecto de animalillo asustado. Vivas repara con extrañeza en las enormes orejas del pequeño individuo, las cuales son de forma apantalladas, y a contraluz se traslucen fantásticamente sanguinolentas.

–¿Cómo te llamas? –pregunta adusto el veterano investigador.

–Cayetano –responde con parsimonia el jovencuelo, recuperando su natural desparpajo.

–El comisario te pregunta nombre y apellido completos –aclara con severidad en el gesto el cabo Acosta, que es quien ha conducido al muchacho a presencia de su superior.

–Cayetano... Santos Godino –aclara el pibe, tratando de ganar a sus interlocutores con una sonrisa.

–¿Trabajas? –inquire Vivas.

–Sí. Soy vendedor ambulante... Antes trabajaba en un corralón, pero el dueño me echó... –el curioso personaje se balancea sobre sus piernas.

–¿Por qué te despidieron? –sigue interrogando el comisario.

–Me acusaron de haber matado a puñaladas a un caballo, y como no pudieron probarlo, de rabia me echaron...

Antes de continuar con la averiguación del hecho en el cual estaba implicado el pintoresco muchacho, el funcionario echó una ojeada al informe de antecedentes, que tenía sobre el escritorio.

"..en abril de 1906 el susodicho Godino fue "detenido a solicitud de sus padres... Transcribimos la parte referente de la exposición que "oportunamente hiciera su progenitor: ...previo "juramento que prestó en legal forma, dijo llamarse Flore Godino, ser italiano, de 42 años de edad, "con 18 de residencia en el país, casado, farolero "y domiciliado en 24 de Noviembre 623. En seguida expresó: que tiene un hijo llamado Cayetano, argentino, de 9 años y 5 meses de edad, él "cual es absolutamente rebelde a la represión paternal. resultando que molesta a todos los vecinos, "arrojándoles cascotes o injuriándolos; que deseando corregirlo de alguna forma, recurre a esta "Policía para que lo recluya donde crea oportuno y para el tiempo que quiera. Con lo que terminó el acto y previa lectura, se ratificó y firmó. Fdos.: "F. Laguarda, Comisario – Fiore Godino". Poco "después el menor Godino fue detenido y puesto a " disposición del señor Jefe de Policía..."

El comisario Vivas levantó la vista del papel que tenía en su mano y escuchó la exposición del cabo Acosta.

–Esta mañana, señor, –comenzó el suboficial– Godino se presentó ante el agente Eulogio, de facción en Pavón y Boedo, trayendo en brazos a un niño como de dos años, del cual le hizo entrega, denunciando que lo había hallado en el alfalar de Avenida La Plata y Pavón. Al mismo tiempo dijo que la criatura estaba atada con una cinta negra y tenía el cuello ceñido con un piolín, por lo que en el acto le había cortado éstos últimos, salvándolo así de una muerte segura. Como Godino desapareció tras dejar el niño en manos del agente, yo realicé las averiguaciones pertinentes, y con motivo de conducir al pequeño a la estación sanitaria de

Nueva Pompeya, localicé a la madre, que resultó ser la señora Angela M. de R... Esta me manifestó que hacía media hora que el menor que decía llamarse Cayetano Santos Godino le había comunicado el hallazgo de Roberto, que así se llamaba la criaturita. Desconfiando del comportamiento del denunciante, localicé también a éste, que andaba por las proximidades, y me dirigí en su compañía al lugar donde decía haber encontrado al niño. Allí interrogué a don Esteban P..., quien dijo ser peón del dueño del alfalfar, y que esta mañana vio a Godino por la plantación, y se le acercó para preguntarle qué estaba haciendo. Al llegar a su lado notó que se encontraba desatando al pequeño Roberto, y al interrogarlo al respecto le dijo que allí lo había hallado y que le quitaba la cuerda que tenía en el cuello para evitar su muerte. Ante tal circunstancia procedí a detener a Godino, señor.

Aquí terminó el cabo su exposición. El comisario Vivas miró duramente al esmirriado ser que tenía delante suyo. Iba a decir algo cuando fue interrumpido por la presencia del subcomisario Barnes, quien le avisó que en la sala contigua aguardaba el padre de la criatura que fuera encontrada por el muchacho de las orejas grandes. También le dijo que junto con el visitante venía el hermanito mayor de la pequeña víctima, quien había sido la última persona que viera a la criatura antes de ser hallada en el alfalfar.

El comisario tuvo una inspiración feliz, una corazonada profesional. Un instante después Barnes introdujo en el despacho a padre e hijo. Este último, un niño de seis o siete años, exclamó al ver al vendedor ambulante:

–¡Ese fue, papá! Es el mismo que se llevó a Robertito a dar un paseo, cuando nosotros estábamos jugando en la vereda...

El funcionario no vaciló en despachar una comisión a los efectos de obtener testigos de lo manifestado por el niño. De poder probarlo con la declaración de una persona mayor, –y aquí su espíritu de investigador se regocijaba– la pesquisa había llegado a buen término. Y además, secretamente, como buen detective, aun alentaba la esperanza de poder desentrañar el misterio que rodeaba al extraño suceso de la calle Pavón, el cual no apartaba de sus pensamientos desde hacía tres meses. E, intuitivamente, aquel muchacho con su barbilla hundida, sus ojos saltones y sus enormes orejas, le daba mala espina.

Pese a no haber llegado la comisión a ningún resultado favorable, el comisario elevó el sumario a la justicia, remitiendo a Godino incomunicado a la Alcaldía 1° Sección, sospechado de tentativa de homicidio.

* * *

Pero la ley no condena a un inocente. Y la conducta del jovencuelo de los ojillos saltones y orejas deformes, si bien estaba puesta en juicio por el peón del alfalfar que lo había visto agachado sobre la criatura, no podía quedar supeditada a las manifestaciones de una sola persona. Nadie es culpable hasta que no se prueba lo contrario fehacientemente. Fue así como Cayetano siguió fumando imperturbablemente sus cigarrillos en las esquinas de Buenos Aires, donde se reunían los chicos del barrio a jugar y desahogar los entusiasmos de la adolescencia.

Y, a pesar de haber permanecido una breve temporada a la sombra, el muchacho fue puesto en libertad por falta de mérito para continuar detenido.

Mientras, envuelto en la luz del sol matutino, o en las tinieblas de la noche, el Monstruo seguía impune, acechando a sus próximas víctimas. ¿Qué se escondía dentro de esa mente incógnita, enferma y abominable? ¿Qué oscuro sino guiaba a ese ser horrendo, cuya intervención señalaba fatalmente la vida de un niño? ¿Un hombre, una mujer, un muchachuelo de quince años...? ¿Quién podría ser el Monstruo? El tiempo aun no había dado su respuesta.



Capítulo Cuarto

TERROR EN BUENOS AIRES

Cierta tarde, por el mismo mes de noviembre, después de los sucesos relatados en el capítulo anterior, el señor Enrique Smith se dirigía a su casa caminando por la calle Directorio. Era la hora de la siesta y el barrio estaba desierto. De pronto escuchó los gemidos de una criatura. Al llegar frente a una puerta los sollozos se hicieron más fuertes. Extrañado, Smith abrió una hoja para observar adentro.

El cuadro que se presentó antes sus ojos era por demás, fuera de lo común. Una niñita de unos cinco años lloraba angustiosamente. A su lado, un jovencuelo algo esmirriado, de mirar huidizo, con orejas en forma de pantalla, trataba de calmarla.

El hombre interrumpió la escena intrigado. Al tomar a la nena entre sus brazos notó que ésta tenía la cabeza lastimada, como si se hubiera golpeado.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Smith al muchacho.

–No sé... Se debe haber extraviado, –fue la respuesta– porque yo la encontré recién. Oí su llanto al pasar por aquí cerca, como le debe haber ocurrido a usted...

–¿La conoces?

–Sí, los padres viven en Constitución al tres mil doscientos...

–Vamos a llevarla, entonces –propuso el hombre.

–Yo lo acompaño, así no se equivoca de dirección –aceptó el muchacho.

* * *

Dos o tres días más tarde el agente Rodríguez de la sección 34° sorprendió una escena parecida a la que terminamos de relatar.

En el zaguán de la calle General Urquiza al 1600 una nenita de más o menos tres años lloraba a lágrima viva. A su lado un muchacho que pudiera ser el mismo que descubriera Smith, intentaba calmarla. Al notar la presencia del policía se dirigió a él con rostro compungido.

–¡Pobrecita ...! La hallé llorando y me dio lástima. Parece que la han golpeado... Fíjese en esos moretones que tiene en la cara. ¡Es tan chiquita!...

El polizonte, conmovido por el aspecto de la pequeña, no reparó mayormente en el jovencuelo que le había hablado. Levantó a la niña en vilo y le hizo algunas muecas grotescas a fin de hacerla reír.

–Yo sé dónde vive –lo interrumpió el otro– ¿Quiere que lo acompañe?

Rodríguez aceptó el ofrecimiento, y condujo a la criatura, en compañía del muchacho, hasta la casa de los padres de ella.

El episodio no fue registrado por el agente en su parte diario, pues en aquel momento nadie le dio trascendencia.

* * *

El corralón de maderas de don Enrique Sorzana, sito en Carlos Calvo N° 3950, ardía por los cuatro costados. Las llamas crepitaban, alzando sus lenguas de fuego, como una muralla invencible. Los bomberos y los peones se afanaban por contener el incendio, que había estallado repentinamente casi al filo de la medianoche. A pesar de lo avanzado de la hora, un

grupo numeroso de curiosos mataba el tiempo observando las idas y venidas de los que intentaban desesperadamente calmar el fuego.

Confundido entre los que miraban, Cayetano – el chiquilín de las orejas en forma de pantalla– observaba con delectación el rápido ascenso de las llamas, que lamían los techos vecinos. Sus ojillos cenicientos reverberaban extrañamente al conjuro de los reflejos carmesíes del incendio.

El siniestro se atribuyó a la imprudencia de algún paseante distraído, que habría arrojado un pucho encendido cerca de las maderas resacas.

* * *

No habían pasado veinticuatro horas del suceso ocurrido en el corralón de maderas, cuando estalló otro principio de incendio en la estación de Tranvías Anglo Argentina, de la calle Estados Unidos. Felizmente la diligencia de los propios empleados allí de guardia y la rápida intervención de los bomberos, permitieron esta vez evitar el desastre.

No obstante hubo un buen rato de espectáculo para los curiosos. Y entre estos, con la misma alucinada expresión de siempre, Cayetano. A nadie podía haber llamado la atención la presencia invariable del muchacho de las grandes orejas en cuanto siniestro ocurriera por la zona, puesto que el esmirriado vendedor ambulante vagaba por el barrio sur hasta altas horas de la noche... Y todos los incendios del mes de noviembre se habían producido en el barrio sur...

Sólo que la policía interviene muy pocas veces en la investigación de los siniestros, dejando esa tarea a los cuerpos especializados de la División Bomberos. Y ésta última no tiene por qué investigar la presencia de un muchacho, a quien desconoce, entre los habituales curiosos que rodean los incendios.

* * *

Anita, la pequeña hijita del matrimonio Nera, no había cumplido aún los dos años, pero era ya una criatura muy despierta y con su arbitraria media lengua se sabía hacer simpática a todo el mundo. Muchas veces la gente se detenía a conversar con ella y a hacerle gracias a la puerta, donde su madre la dejaba jugando en compañía de otros chicos.

Pero el 24 de noviembre la pequeña Anita quedó imprevistamente sola, cuando los demás niños fueron por sus madres para almorzar. Diez minutos después la señora de Nera se desesperaba, averiguando entre las vecinas si alguien había visto a su hijita.

Su angustia duró una hora, al cabo de la cual un agente de policía, acompañado del muchacho que en el barrio conocían por Cayetano, le trajo a la niña, quien lloraba desconsoladamente.

–Agradezca a este chico que la encontró –le dijo el guardián del orden.

–No es por afligirla, doña –manifestó el susodicho– pero debe haber sido ese degenerado que roba a los chicos, porque cuando hallé a Anita, ésta tenía una piedra de esas que sirven de cordón de vereda puesta encima de la cabeza...!

Como el episodio no tenía otra trascendencia que la que quisiera darle la madre, cuya aflicción había pasado, el policía dio un par de palmadas en el hombro del providencial salvador y se alejó, aconsejando a la señora que otra vez no dejara a su hijita sola en la puerta de calle.

* * *

El temible asesino de niños, del cual nadie aun sospechaba que fuera también incendiario, seguía impune a juzgar por los hechos que cotidianamente cometía. Un verdadero peligro de muerte para los niños. El Monstruo no respetaba edades ni se dejaba atemorizar por el peligro de ser sorprendido. Varias veces, a apreciar por las circunstancias relatadas, había sido interrumpido en su tarea por el inofensivo Cayetano, a quien en una oportunidad la policía considerara sospechoso. Es evidente que la buena pista debía nacer a partir del instante en que alguien relacionara la multitud de circunstancias, concadenándolas hasta llegar al origen de los atentados. Pero recordemos que estamos en el año 1912. Los grandes progresos logrados hoy en día por la ciencia policial, no estaba al alcance de los hombres que velaban por el cumplimiento de la ley. Los defensores del orden vivían una época de improvisaciones, en que el éxito de una buena pesquisa estaba librado en gran parte a la propia iniciativa personal. Aún la Dirección de Investigaciones no estaba organizada por especialidades. Los detectives actuaban desordenadamente en cuanto caso le tocara por azar. Lo mismo debían intervenir en el robo de una berlina, como en un homicidio. La dactiloscopia, si bien ya aceptada por casi todas las policías del mundo, y a pesar de haber nacido en nuestro país, se hallaba poco menos que en pañales. Los archivos de impresiones digitales, que son actualmente el mayor enemigo de los delincuentes profesionales, no eran ni la centésima parte de lo que son ahora. El laboratorio no estaba aún al servicio del pesquisante. En fin, resumiendo: comparando nuestra época con aquella, recordemos que median más de cuarenta años de diferencia, con todo lo que la civilización ha cristalizado y desarrollado en ese lapso.

Pero por aquel entonces se había hecho cargo de la jefatura de Investigaciones un eficiente veterano de la repartición: don José G. Rossi, inteligente funcionario, a cuya meritoria tarea se debió la incorporación del sistema de especialización por delito, dado a las oficinas que componían la Dirección de Investigaciones por él organizada. La puesta en práctica del mismo evidenciaría muy pronto su eficacia. Y sería un discípulo del señor Rossi, el subcomisario Peire, quien con la colaboración de los oficiales Torres y Santillán, diera al fin con la punta del hilo que devanarían la horrenda madeja de las feroces andanzas del Monstruo, cuyas actividades antisociales llevaban ya más de seis años en la impunidad.

Mas, para finalizar, otro pequeño ser debió rendir tributo a los depravados instintos del demoníaco personaje. ¿Se sabría al fin quién era el temible homicida?

Capítulo Quinto

SUEÑO DE SANGRE

Como una música lejana, como un constante aletear de abejas moribundas, acudían a la mente del terrible ser los recuerdos de sus pavorosas hazañas. Una extraña sensación de placer le hacía estremecer al evocar los estertores de sus víctimas. Y con un brillo de sangre en la mirada, acariciaba lentamente los trozos de hilo y de cordel que guardaba siempre en el bolsillo, prevenido para cuanta ocasión propicia se le presentara.

A veces un deseo irrepresible lo lanzaba hacia las calles en busca de víctimas. No importaba dónde, ni siquiera se detenía a pensar en los riesgos de que lo sorprendieran ejecutando sus asesinatos a pleno día. Con cuánta morbosidad contemplaba el rostro de las criaturas a medida que se iban amaratando, consumiendo los últimos latidos de sus pequeños corazones. Por momento dudaba si habían muerto y retrocedía para observarlas detenidamente. Si no aclaraba del todo sus sospechas, procedía a golpearles las cabecitas con el primer objeto contundente que encontraba a mano, incluso hasta llegó a utilizar cierta vez un clavo, que enterró a golpes de piedra en la nuca del desdichado ser que había caído bajo sus garras.

Cuando terminaba su macabra tarea, se iba a vagar por las calles. Y los recuerdos volvían a azotarlo. Su hermano epiléptico, a quien los sábados había de contener entre tres o cuatro personas para evitar que se matara golpeándose contra las paredes. Su padre, borracho, pegándole a su madre. Y aquel susto en los años perdidos de su infancia llena de sinsabores, cuando el autor de sus días le dio una descomunal paliza, de la que aún guardaba cicatrices en la espalda.

Quizá la vida lo había hecho malo, perdido, depravado. El no tuvo la culpa de que su hermano lo llevara, cuando tenía apenas nueve años, al boliche y le hiciera probar la ginebra. Desde entonces siempre le había gustado la bebida, y ningún día dejó de echarse al garguero tres o cuatro copas. Recordaba también sus primeras borracheras. ¡Qué gracioso había sido! Fue esa vez que se le ocurrió estrangular a un niño que encontró extraviado. Luego la cosa le había causado placer, y lo repitió... y una vez más... y otra... y otra... Ni él mismo sabía cuántas, porque ya había perdida la cuenta.

La presencia de su madre, el único ser que llenaba en sus recuerdos un instante de dulzura, le hacía pensar en algo remotamente parecido a la ternura, en ese caudal de cariño que ninguno de los dos había conocido. ¿Dónde estaría mamá ahora? Seguramente inclinada sobre el tacho de la ropa, trabajando siempre, a pesar de la vergüenza de tener hijos como su hermano o como él...

De pronto las voces de unos niños lo hicieron volver a la realidad. ¡Niños! Hacía casi un mes que no había podido apretar fuertemente su lazo alrededor del cuello de ninguno. Y qué simpática era la nenita. Porque allí a su lado, sentados en un umbral, jugaban ingenuamente un chico de unos tres años y una niña que no tendría más de dos. Hizo una caricia a ésta última, invitándola a seguirle para comprarle caramelos, pero ella se negó. El Monstruo dio una mirada en torno. Nadie. La calle estaba desierta, y dentro de la casa no se oía ni una mosca. Los ojos del chico de habían abierto enormemente al escuchar la palabra "caramelos".

–¡ Quieres venir tú?

–Chi...

La niña se quedó observando cómo se alejaban tomados de la mano en dirección al almacén.

* * *

El temblor en los labios le había vuelto al conjuro del contacto con la piel de la manecita suave del niño. Caramelo tras caramelo habían aumentado la gula de la criaturita, al par que los sádicos instintos del degenerado. Repentinamente la víctima se negó a seguir. Contrariado, el asesino lo arrastró unos metros hasta el lugar elegido.

De un empujón lo arrojó al suelo y, poniéndole la rodilla derecha en el pecho, le dio seis vueltas al cuello con el piolín que llevaba preparado.

Los sollozos del infortunado niño dejaron de escucharse, transformándose poco a poco en un estertor de muerte. Las pupilas del monstruo se habían dilatado y su rostro trascendía una expresión de indescriptible locura.

El débil cuerpecito se estremeció hasta quedar inmóvil. Con el sudor perlándole la frente, la bestia se levantó, contemplando extasiado su obra. De improviso, como atraído por una fuerza sobrehumana, sin poder alejarse, dio varias vueltas alrededor del cadáver. Luego, inexplicablemente, utilizando el resto del cordel le ató las manos y los pies. En ese momento le pareció que la criatura respiraba aún. Desesperado paseó la vista por el terreno que lo circundaba, y sus ojos se posaron con expresión feroz en un clavo grueso y largo que se hallaba tirado en el suelo. Tendió la mano... ¡Chac! ¡Chac! ¡Chac! Con minuciosa lentitud golpeó tres veces hasta que el hierro se introdujo en la sien izquierda de su pequeña víctima. Después arrojó la piedra lejos, y recogió latas y desperdicios para tapar el cuerpo. Finalizada la operación lanzó un suspiro de alivio y se dispuso a huir.

Al atravesar la entrada una mano se posó sobre su hombro. Un escalofrío lo paralizó. Era un hombre, un hombre cualquiera.

–Ando buscando a mi hijito, un nene de dos años, rubio, de ojos celestes... ¿No lo ha visto?

El asesino respiró desahogando su angustia. No, el tipo no había visto nada.

–Vaya a la comisaría y allí lo va a encontrar –le dijo, sin prestarle más atención.

Hecho esto se encaminó en dirección al boliche más cercano. El gustazo que se había dado aquella mañana bien merecía un par de ginebras. Lo que no se atravesó por su mente perdida fue que quizá esos tragos fueran los últimos de su sangrienta carrera ...

Capítulo Sexto

UN DETECTIVE EFICAZ

El subcomisario Peire dejó su sombrero en una de las sillas del despacho del titular de la Comisaría 34°, y se acercó al escritorio donde el Juez de Instrucción, doctor Antonio de Oro lo aguardaba.

–¿Ha inspeccionado el lugar del crimen, subcomisario? –preguntó el magistrado, contestando el saludo de los tres hombres que habían entrado.

–Sí, doctor. Estos son los oficiales Torres y Santillán, designados por el señor Jefe de Investigaciones para integrar conmigo la comisión que usted solicitó, –respondió Peire, presentando a sus colaboradores.

–¿Han llegado a alguna conclusión? –siguió interrogando el juez.

–Esperamos tener una novedad muy importante dentro de pocas horas, incluso puedo atreverme a asegurar que quizá detengamos al autor antes de la noche –la expresión del doctor De Oro se iluminó al escuchar las palabras del detective.

–Pero, si usted me lo permite, desearía echar un vistazo al informe sumarial, que está redactando la seccional –prosiguió el investigador–. Después regresaré al Departamento de Policía a fin de efectuar una averiguación de antecedentes...

Sin comprender del todo el significado de las palabras de Peire, el magistrado le tendió unas hojas de papel.

–Con permiso –dijo lacónicamente el sabueso, y tomó asiento en uno de los sillones, enfrascándose en la lectura.

"...ayer, a las 10 y 30, se presentó a esta comisaría el señor Pascual Giordano, comunicando que media hora antes había desaparecido de su domicilio, Progreso 2585, su hijo Jesualdo, de tres años de edad... A las 11 horas, el agente Núñez vio que una cantidad de público cruzaba la calle Jujuy por Progreso y al concurrir a fin de conocer la causa, fue informado por varias personas que un menor había sido pisado por un carro y se hacían necesarios los servicios de la Asistencia Pública..."

"...comunicaba la denuncia a esta comisaría, concurrí en mi carácter de titular, acompañado de los oficiales Tomé y Amarante a la casa de la familia Giordano, donde había sido transportado el menor que había sido víctima del supuesto accidente. Al hallarme en presencia del cadáver del niño comprobé que tenía ligadas con un piolín las piernas y las manos; otro piolín le oprimía fuertemente el cuello, y además tenía el cráneo atravesado con un clavo de tres pulgadas, faltándole uno de los zapatos que calzaba". "...el padre de la infortunada criatura manifestó que, después de dar aviso a esta comisaría, salió en busca de su hijito, y como fuera informado por una señora de que un niño era llevado momentos antes en brazos por un menor como de quince años por la calle Catamarca, penetró en la antigua quinta de Moreno, donde se hallan instalados los hornos de ladrillos de la compañía "La América", y en el ángulo que forma el muro construido en ochava encontró a su hijo a quien creyó con vida, conduciéndolo a su domicilio, donde un médico del hospital Bosch constató su muerte..."

–De acuerdo –comentó Peire, al tiempo que devolvía las hojas del proyectado informe al magistrado.

–¿Han constatado algo de todo esto? –interrogó el doctor De Oro.

–Sí, señor. Dos chicos de la vecindad vieron también a la víctima en compañía de un muchacho de unos quince o dieciséis años. Además pude averiguar que ambos estuvieron comprando caramelos en el almacén de la calle Progreso N° 2599. Hasta allí hemos llegado, e

interrumpí la pesquisa por cuanto traigo la seguridad de que en el Departamento de Policía tenemos archivado otro caso que tiene mucha analogía con éste. Santillán recuerda algunos de sus detalles, y los mismos son curiosamente parecidos a los que rodean la muerte del menor Giordano.

–La víctima también era menor de edad. –recordó el otro oficial, ante el gesto atento del juez que lo escuchaba– y se la encontró en un paraje próximo, con las piernas igualmente atadas con un piolín, y el cuello ceñido por otro piolín, casi asfixiada. A su lado fue sorprendido un muchachón, cuya filiación coincide con la que nos suministran del que han visto acompañando al pequeño Jesualdo Giordano.

–Muy bien –ratificó el doctor De Oro–, confío en que la búsqueda arroje buenos resultados. Tengan la bondad de avisarme en cuanto sepan algo.

Luego de esto los detectives partieron, dispuestos a seguir la pista en los archivos de la repartición.

* * *

–¡Este es! –exclamó Peire, que se hallaba sumergido en una pila de expedientes y fichas–, ¡Lo tengo!

Torres y Santillán, en mangas de camisa, descendieron de las escalerillas del archivo, y se acercaron rápidamente a su superior.

–Cayetano Santos Godino– dijo, leyendo en voz alta uno de ellos.

–Alias "el petiso orejudo" –concluyó el otro, terminando de leer la ficha que el subcomisario blandía en la mano.

–Y en el prontuario figura la constancia de una detención que practicó la comisaría 12° el 11 de noviembre, por tentativa de homicidio en la persona del menor Roberto R... –explicó Peire, haciendo un gesto dubitativo con la cabeza.

El Juez de Instrucción, al saber la noticia, ordenó a los detectives la detención inmediata del sospechoso. Esta se cumplió sin mayores inconvenientes, hallando a Cayetano en su propio domicilio. Era el día 3 de diciembre de 1912.

* * *

En presencia del magistrado el subcomisario procedió a registrar al detenido. El muchacho contemplaba a los hombres con asombro, dejándolos hacer sin protestar ni dar muestras de desagrado. Por el contrario, parecía que todo aquello le causaba un profundo orgullo.

Peire le practicó una minuciosa revisión, sacándole de la cintura un trozo de piolín de algodón idéntico al que tenía la última víctima en el cuello, y encontrándole en los bolsillos un recorte del diario "La Prensa" del día anterior, donde se relataba el hecho.

Godino se mantuvo en una negativa irreductible. Agotados los esfuerzos del juez y los investigadores por lograr una confesión, y a pesar de las abrumadoras declaraciones de los testigos que lo habían visto junto a la víctima, se encerró en un mutismo a toda prueba. Pero sus ojos pestañearon cuando escuchó al doctor De Oro decir a los pesquisas:

–Subcomisario: disponga de un automóvil para conducir al acusado a la Morgue. Lo llevaremos a presencia del cadáver del niño...

El secretario del juez, Peire y Santillán se ubicaron en el automóvil que conducía a Godino. El magistrado y los otros dos oficiales subieron al coche de la comisaría. A mitad de camino, Peire sintió que el muchacho le daba un leve codazo, como para llamarle la atención. Creyó que el descarado mocoso le pediría un cigarrillo, pero se equivocó, porque escuchó algo que lo dejó perplejo.



–Y bueno, a qué vamos a hacer tanto lío: yo lo maté...

A partir de aquel instante los oídos de los que habían intervenido en la investigación escucharían la más horrenda historia que consignan las negras páginas del delito hasta la actualidad.

El monstruo había confesado. Y no era una mujer, ni un hombre, ni tenía la apariencia de un terrible criminal. El monstruo era prácticamente un niño. Un muchachuelo de 16 años de edad, flaco y esmirriado, de ojos saltones, barbilla hundida bajo la boca, y grandes orejas en forma de pantalla. El monstruo, el temible asesino de niños, el incendiario, el morboso degenerado que aterrorizara a los hogares de Buenos Aires, conmoviendo al país entero, era el pintoresco vendedor ambulante Cayetano Santos Godino. Pero no estaba dicho todo aún en la trágica trayectoria del inconcebible criminal.

Capítulo Séptimo

HORRENDA CONFESIÓN

Bástenos para sintetizar las horripilantes declaraciones del fatídico personaje, con hacer la lista de los crímenes confesados y probados, que expuso ante el juez de instrucción.

Abril 1909 a diciembre 1911. – Recluido en la Cárcel Correccional de Marcos Paz.

Hechos cometidos antes de su encierro: Homicidio de una niña de un año, a la que enterró viva en las proximidades de un corralón de la Asistencia Pública, por la calle Río de Janeiro. Atentado contra un niño de un año y medio, al que tiró a un jagüel cubriéndolo con una tabla, siendo sorprendido y detenido por unos peones que lo entregaron a la Comisaría 12°, de donde salió en libertad gracias a la intervención de su madre. Atentado contra un chiquilín que vivía en la misma casa que él, al que desmayó de un golpe con un adoquín, siendo sorprendido por un agente de la seccional 10°. Atentado contra otra criatura que apenas caminaba, en las calles Belgrano y Maza, a la que maltrató y arrojó sobre espinas en un baldío, porque un agente estaba cerca. En setiembre de 1908 quemó los párpados de un niño de veintidós meses, con un cigarrillo. Al día siguiente sumergió en la pileta del corralón de Victoria y Muñiz a un niño, y descubierta su tentativa urdió un cuento con el que consiguió engañar a la policía.

7 de marzo de 1912: A las cinco de la tarde, estando la niña de cinco años Benita Vainicoff entretenida mirando la vidriera del almacén de la calle Entre Ríos 322, se le acercó prendiéndole fuego a sus ropas, y huyendo rápidamente. Las quemaduras ocasionaron la muerte de la pequeña.

25 de agosto de 1912: Asesinato del menor Arturo Laurora, de 12 años de edad, en la casa deshabitada de la calle Pavón.

8 de noviembre de 1912: Tentativa de homicidio contra el menor Roberto Risso. En el sumario que se instruyó resultó sobreseído.

3 de diciembre de 1912: Asesinato del menor.

A todo esto debemos sumarle más de cinco incendios comprobados, y los crímenes de los cuales Godino se confesó autor, sin que se pudieran probar, dado el tiempo transcurrido o las vaguedades con que suministró los detalles tendientes a identificar los hechos.

Indudablemente el criminal tuvo buena voluntad, pues no omitió dato alguno que pidiera interesar a los investigadores, colaborando con la justicia y haciendo gala de un desparpajo rayano en la locura.

Esta forma de relatar sus crímenes, fríamente y sin demostrar arrepentimiento de ninguna naturaleza, convenció a los representantes de la ley que se encontraban en presencia de un delincuente de excepción, y sobre todo de un anormal.

Pero su condición de recordar con exactitud regular la totalidad de sus actos, así como las fechas y lugares en que los realizara, fue la principal dificultad para poder establecer su verdadera condición y clasificarlo dentro del grupo clínico que comprende a los anormales. Justamente lo que caracteriza a estos últimos es la amnesia total o parcial que se adueña de ellos después de cometidos los hechos.

La Ley ya había hablado, y su misión desde el punto de vista represivo, estaba cumplido. Les tocaba ahora intervenir a la Justicia y a la Ciencia. Y podemos decir, que llegó con ellas el momento en que el "affaire" del "petiso orejado" alcanzó mayor notoriedad y una repercusión popular, cuyo apasionamiento no tiene parangón en los últimos cincuenta años. De una a otra frontera del país, todo el mundo se dividió en dos facciones: ES LOCO, o NO

LO ES. Para la Justicia, dependía de esta decisión, el fallo que recaería sobre el proceso instaurado contra el que, a pesar de toda duda, no dejaba de ser un monstruo, una inexplicable perversión de la naturaleza. Y la Justicia llamó en su ayuda a la Ciencia. El asunto no dejaba de ser por demás delicadísimo. Recordemos que el feroz asesino sólo tenía 16 años de edad! Y que cometía sus crímenes desde los ¡nueve años!

¿Era Santos Godino verdaderamente un monstruo?



*¿Era Santos Godino realmente un monstruo?
Y la Justicia llamó en su ayuda a la Ciencia. ..*

Capítulo Octavo

HABLA LA CIENCIA

A los doctores Negri y Lucero, eminentes especialistas designados por el juez, les tocó emitir el primer dictamen médico-legal sobre la personalidad del "petiso orejudo". Primeramente entrevistaron el macabro personaje mientras estuvo detenido en el Departamento de Policía, y posteriormente en el Hospicio de las Mercedes, adonde fue remitido en custodia, por orden del magistrado interviniente.

La respuesta de los dos alienistas, tras un profundo estudio que no viene al caso reproducir, fue la siguiente:

"...las conclusiones del estudio expuesto son categóricas:

1° El procesado Cayetano Santos Godino es un alienado mental e insano o demente en las acepciones legales.

2° Es un degenerado hereditario, imbécil, que sufre de locura moral, por definición muy peligrosa, y

3° Es irresponsable.

... además debe ser aislado, situación prevista por la ley civil que autoriza la reclusión de los alienados peligrosos (Art. 516 del Código Civil), entre los cuales el procesado será calificado por el juicio correspondiente de internación, que puede y debe ser iniciado a la brevedad".

Mas la Justicia no se conformó únicamente con la opinión de dos galenos, y apeló a un segundo informe médico-legal, que fue practicado por otros dos reconocidos especialistas, los doctores Cabred y Esteves.

Algunos párrafos del estudio de estos últimos son estremecedores. En las emociones de ternura y afección, presenta una laguna muy grande –dicen los médicos–. No siente cariño hacia los miembros de su familia; parece tener una excepción con su madre, a quien dice que quiere; pero sus demostraciones a este respecto son muy escasas. Cuando aquélla lo visita, la recibe fríamente y es necesario que se acerque a él y le abrace para que él haga lo mismo.

El sentimiento de la piedad falta en Godino, –prosiguen los doctores Cabred y Estéves– como se comprueba por el número y clase de sus víctimas; por la manera como ha llevado a cabo sus homicidios, por los actos posteriores a éstos, y por la falta de remordimientos. En efecto: después de internado en el asilo, Cayetano puso de manifiesto la ferocidad de sus instintos, acometiendo a traición por un motivo sin importancia a un enfermo paralítico, aprovechando una ocasión en que creía que nadie lo veía. Sujetó en dicha oportunidad al otro alienado por el cuello y le dio golpes de puño en la cara, sosteniendo a renglón seguido una batalla campal con el enfermero que lo intentó detener, al cual aplicó un puntapié en el vientre.

Tiempo después, estando todavía en observación, Godino cometió otro hecho similar con un enfermo que se hallaba muy debilitado en cama, y que era incapaz de defenderse. El internado hizo una observación al "petiso orejudo" acerca de la luz de la sala que ambos compartían, y ello bastó para que el muchacho se arrojara sobre él, sujetando con su mano izquierda la derecha del enfermo y apretándole con su propia derecha fuertemente el cuello. La oportuna y providencial intervención de un enfermero de vigilancia impidió la estrangulación de la indefensa víctima.

–¿Es usted un muchacho desgraciado o feliz? –le habían preguntado los médicos en uno de los interrogatorios profesionales.

- Feliz –respondió sin inmutarse el incomprensible ser.
- ¿No siente remordimientos de conciencia por los hechos que ha cometido? –escarba el bisturí de las preguntas.
- No entiendo lo que ustedes me preguntan – contesta Godino ante el asombro de sus interlocutores.
- ¿No sabe lo que es remordimiento? –inquieren los médicos azorados.
- No, señores.
- ¿Siente tristeza o pena por la muerte de los niños Giordano, Laurora y Vainicoff? –la pregunta es peligrosa.
- No, señores.
- ¿Piensa usted que tiene derecho a matar niños?
- No soy el único, otros también lo hacen –dice el irresponsable, encendiendo un cigarrillo.
- ¿Por qué mataba a los niños? –los galenos insisten.
- Porque me gustaba –la confesión deja atónitos a los doctores.
- ¿Por qué buscaba los terrenos baldíos o una casa deshabitada para cometer sus atentados?
- Porque así nadie me veía –la sonrisa del "petiso" es espantosa.
- ¿Por qué huía después de matar a los niños o de producir los incendios? –el taquígrafo de tribunales anotaba preguntas y respuestas sintiéndose impresionado por aquel diálogo tan fuera de lo común.
- Porque no quería que me agarrara la policía.
- ¿Con qué objeto asistió al velatorio del niño Giordano el mismo día que lo mató? (Godino había concurrido, en efecto, pocas horas antes de su detención a la casa donde velaban a su última víctima).
- Porque sentía deseos de ver al muerto.
- ¿Y por qué le tocó la cabeza? (El irresponsable homicida había palpado delante de los presentes la cabeza del desgraciado niño).
- Para ver si tenía el clavo.
- ¿Piensa Ud. que será castigado por sus delitos? –inquieren los especialistas, estremeciéndose quizás por la impavidez del interrogado.
- He oído decir que me condenarán a veinte años de cárcel, y que si no fuera menor de edad me pegarían cuatro tiros –responde rascándose la cabeza.
- ¿Se animaría a matar algunos niños o idiotas del Hospicio de las Mercedes? –el escalpelo de los médicos escarba profundamente en el espíritu del procesado.
- Sí, señores –es la rotunda contestación.
- ¿Cómo haría para matarlos?
- Les pegaría con un palo en la cabeza y lo dejaría al lado del niño para hacer creer que el palo se le había caído por casualidad en la cabeza.
- ¿Dónde le gusta a Ud. vivir: en este asilo o en la cárcel?
- En la cárcel, porque aquí están los locos y yo no soy loco –afirma Santos Godino.
- Con estos antecedentes, tras el período de observación, y teniendo en cuenta un episodio ocurrido mientras el "petiso orejudo" se hallaba en las dependencias del Departamento de Policía (*), los doctores Cabred y Estévez produjeron el segundo informe médico-legal, cuyas conclusiones eran terminantes:
- "1° Cayetano Santos Godino se halla atacado de alienación mental.

(*) El 23 de diciembre Godino había fingido un intento de suicidio a raíz del cual el oficial de guardia elevó el siguiente parte: "Llevo a su conocimiento que anoche, a las nueve y media, se me hizo saber que el detenido Godino se había atado un pañuelo al cuello con intenciones de suicidarse. Llamado el detenido ante mi presencia, me expuso que lo había hecho por reírse "del imaginaria".

- "2° Su alienación mental reviste la forma de imbecilidad.
- "3° Esta imbecilidad es incurable.
- "4° Godino es totalmente irresponsable de sus actos.
- "5° Presenta además, numerosas anomalías físicas y psíquicas.
- "6° Carece de condiciones para el trabajo disciplinado.
- "7° Tiene noción de la responsabilidad de sus actos, lo cual se observa en muchos alienados.
- "8° Es un impulsivo consciente y extremadamente peligroso para los que lo rodean.
- "9° Debe permanecer indefinidamente aislado en "el manicomio donde se encuentra, en la Sección "Alienados llamados delincuentes o en una sección de esta clase que se establezca en un asilo especial para idiotas".

Con estas palabras, la Ciencia dio su opinión sin intervención de ninguna influencia extraña que pudiera tergiversar su imparcialidad. Cuatro eminentes facultativos habían coincidido, y sus conclusiones marcaban el comienzo de una polémica doctrinaria, cuya repercusión llega aún hasta nuestros días, en que el tema sigue siendo objeto de la labor de los estudiosos.

Por una parte la Ciencia absolvía al criminal, aconsejando la aplicación de una pena especial, clasificándolo como irresponsable de sus actos jurídicos. Y por otro lado la voz del fiscal, en representación de la sociedad, apreciando los dictámenes de la ciencia, pero fundando en forma terminante el documento de la acusación, verdadero monumento jurídico en el cual rechazó los conceptos de los facultativos, pidiendo que el procesado fuera puesto a disposición del juez de sentencia para dictar fallo condenatorio.

Le tocaba ahora al Juez de Instrucción doctor Antonio de Oro, quien había intervenido en la investigación desde sus comienzos, decidir si Godino seguiría a disposición de la justicia criminal, o si su caso correspondía al fuero civil, debiendo determinar éste su internación en un establecimiento de enfermos mentales.

El proceso adquiere a partir de entonces contornos sensacionales, y la prensa y el pueblo mismo se hicieron eco de los sucesos extraordinarios que acaecieron a continuación.

¿Era Cayetano Santos Godino un loco o un asesino?

Capítulo Noveno

HABLAN LOS JUECES

La sociedad –decía el doctor Jorge E. Coll en su extensa requisitoria fiscal– tiene él deber de cuidar a todos sus enfermos; y también el derecho de cuidarlos por fuerza cuando son perjudiciales.

Nada tiene que hacer ya, entonces, –continúa la responsabilidad en derecho penal, ni hay por qué en separar radicalmente a los criminales en locos y cuerdos. En lugar de declarar que Godino es loco y está exento de pena, es necesario decir que se carece del establecimiento que el derecho penal aconseja como apropiado a su caso. Empero, a falta de ello, debe estar en la penitenciaría donde difícilmente se corregirá con el actual régimen carcelario, como tampoco se corrigen otros sujetos semejantes. Declararlo loco en atención a la enormidad de sus crímenes, atemorizando por la ferocidad de sus instintos, no es concordante con la ciencia penal ni ajustado a derecho.

Por estas consideraciones –concluyó el fiscal–, el suscripto es de opinión que el procesado Cayetano Santos Godino no está exento de pena y en consecuencia V. S. debe dictar la prisión preventiva y elevar la causa a estado de plenario.

Y tras las gestiones judiciales de práctica, el doctor Antonio de Oro, en su carácter de Juez interviniente, dictó el fallo de la justicia de instrucción, analizando los informes de los peritos y refutando el pedido del fiscal. El 5 de diciembre de 1913, un año después de la detención del ya célebre criminal, el siguiente fallo lo dejó circunstancialmente fuera de la órbita penal:

"...por los fundamentos precedentes y no obstante la opinión vertida por el señor Agente Fiscal "en su dictamen, resuelvo:

"1° Declarar irresponsable al menor Cayetano "Santos Godino por los hechos que originaron la "instrucción del presente sumario, por haberse encontrado en estado de alienación mental, según la "opinión uniforme de los peritos y por tanto, sobreseer definitivamente a su respecto.

"2° Atento el estado evidente de enajenación mental, pasar los antecedentes al Señor Juez de lo Civil en turno para que proceda en la forma que corresponda, dándose aviso del caso al Señor Asesor de Menores en turno.

"3° Siendo Godino peligroso en grado extremo, "mantenerlo en el Hospicio de las Mercedes, pabellón "Lucio Meléndez" a la orden del señor Juez "de lo Civil en turno.

"4° Notifíquese a quien corresponda...

Se produjo entonces, de acuerdo con las disposiciones del Código de Procedimiento en lo Criminal, habiendo discrepancia entre el fiscal y el Juez, la intervención de la Cámara de Apelaciones. Esta resolvió admitir la responsabilidad jurídica de Godino y la remisión del proceso al Juez de Sentencia para que dictaminara, previa nueva vista al Fiscal. A todo esto el periodismo casi unánimemente había atacado el fallo del doctor de Oro, pidiendo la condena del acusado. Y fue con agrado que los editorialistas de los principales órganos de información pública comentaron la resolución de la Cámara de Apelaciones.

Nuevamente tuvo oportunidad el doctor Jorge E. Coll de fundamentar su requisitoria, solicitando esta vez, de acuerdo a las prácticas procesales, la pena a imponerse. Por aquella época existía aún en nuestro Código Penal la de muerte, por lo que el fiscal adujo:

"Si el procesado fuera mayor de edad correspondería la pena de muerte. En este sentido la opinión pública será unánime. Hace cerca de año y medio "que llegó a esclarecerse el crimen,

es decir, a individualizarse el delincuente y aún repercute la angustia que produjo el martirio de las pequeñas víctimas.

"Puede afirmarse, señor Juez, que no es de venganza el sentimiento público. Fue estupor. El descubrimiento del monstruo horripiló. La idea de "la pena de muerte surgió espontáneamente en todas las conciencias. El sentido general habría concordado esta vez con el criterio imparcial y sereno "del Juez de derecho.

"Empero, en el caso, para hacer más hondo el "dolor y más intenso el problema moral y científico, el delincuente es un niño y la ley prohíbe, con "sabiduría, la aplicación de la última pena...

"...si los hechos delictuosos son de tal naturaleza que sobrepasan cuanto ha podido meditar el "legislador como gravedad de los mismos, no debo "considerarse atenuante alguno. La pena aplicable "es, pues, la subsidiaria de la muerte en razón de la "minoridad. Por tanto, de acuerdo con lo estatuido "en el art. 17, inciso 39, letra a) (impulso de perversidad brutal) de la ley N° 4189 artículos 85 y "59 del Código Penal y demás circunstancias particulares de la causa, acusado el prevenido Cayetano Santos Godino como autor de los delitos mencionados y en mérito a las probanzas procesales, "V. S. se ha de servir condenarle a sufrir la pena de "penitenciaría por tiempo indeterminado..."

* * *

El Juez de Sentencia doctor Ramos Mejía a se abocó a partir de entonces al estudio del caso. La expectativa pública era ansiosa, y poco tiempo después, en un fallo que ha quedado como modelo en su género, se produjo el encausamiento definitivo de la cuestión. No obstante la reacción popular estalló violentamente, haciéndose eco los grandes rotativos, que no escatimaron sus ataques.

El doctor Ramos Mejía, fundándose copiosamente en autores de renombre, y analizando al máximo los antecedentes del proceso, falló absolviendo a Godino de culpa y cargo, y poniéndolo a disposición del Juez de lo Civil a los efectos del pertinente juicio de internación por alienación mental.

Entre otros, "La Razón" del 2 de noviembre de 1914, decía:

LA ABSOLUCIÓN DE GODINO

El tipo repugnante de criminal refinado y precoz cuyos crímenes horrorizaron a la opinión tiempo atrás, acaba de ser absuelto por la justicia del crimen. Cierto es que el fallo absolutorio atenúase con la internación prolongada del sujeto en una casa de salud. Pero aún así, la justicia pública se manifiesta en notoria y generalizada discrepancia con la sentencia del Juez Ramos Mejía.

La bestia que hizo presa de sus instintos a inocentes criaturas; cuyo relato cínico y brutal de fechorías espantaba a los más avezados investigadores policiales; que llevó a los hogares una nota de angustiosa zozobra y que obligó a los diarios a simplificar sus informaciones para no herir con su crónica el sentimiento popular, mortificado por el horror de su obra; el "niño" que si carecía de facultades deliberantes para medir su acción y responsabilidad, las tenía sobradas para borrar los rastros del delito que condujeran a su descubrimiento; que elegía a sus víctimas en seres incapacitados para la defensa; que rodeaba a sus actos de lujuriosa perversidad; que agotó, en fin, los recursos de su inteligencia rudimentaria para escudar la persecución y repetir aquéllos; ese pequeño monstruo por su edad, pero grande por la clase y magnitud de los excesos que cometiera, ha sido perdonado por la ley.

El informe médico-legal favorece la causa del pequeño, pero temible homicida; en estos antecedentes se ha fundado la absolución. Como se ve, la ciencia y el derecho ofrecen puertas demasiado amplias, por las que se escapa la sanción social. Pero se nos ocurre que la pena no es sólo para castigar, sino para atemorizar a los que se sienten inclinados al mal. La justicia criminal tiene una doble misión: castiga y previene. En este caso ni castiga ni previene. La simple reclusión por tiempo indeterminado no es pena para el sujeto infecundo y pernicioso que aloja en un hospicio; en cambio, enseña que su rigor suele ser tan benevolente que aun los engendros mayores del delito pueden ser eximidos del castigo y tolerados sin violencia en los institutos oficiales de evolución psíquica, de donde se puede regresar con presteza a la libertad y a la redención moral.

No es un buen ejemplo ni es un detalle propiciatorio del temor, más que del respeto que la ley criminal debe merecer a los presuntos sujetos de su estudio y aplicación. El delincuentes no respeta, teme.

Por eso ha violentado al público sentir la sentencia liberatoria, donde más que los preceptos humanos de la justicia, parecería aplicada la máxima cristiana: "Perdónalos que no saben lo que hacen".

Nos explicamos el precepto evangélico como la expresión de una perfecta y serenísima piedad que no reconoce límites para el sacrificio, pero es inaceptable ante el juicio de la sociedad humana. Si para el Cristo es más grande la religión del perdón misericordioso que la de la justicia implacable, para la sociedad en casos como éste se invierten los términos de predilección. Prefiere la justicia que el perdón.

Es de esperar que la Cámara de Apelaciones en lo Criminal, convierta en presidio la reclusión para castigo del sujeto y temor de los que pudieran sucederle en la perpetración de crímenes similares, cualesquiera que sean los años y aptitudes del agente que lo realice. No hay que olvidar el dicho popular que tanta y tan buena sabiduría encierra: "El loco por la pena es cuerdo".

Los sentimentalismos, las interpretaciones benévolas a base de literatura científica, no cuadran en temas y sujetos como el presente; por lo menos el concepto público lo rechaza, tanto más cuanto que esa misma ley, aplicada por el mismo Tribunal y en el mismo día, agrava en seis años y medio, la sentencia de un hermano ofendido a quien el Tribunal de primera instancia había absuelto en obsequio a la causa pasional y al motivo de honor que ocasionó el drama.

* * *

Habían pasado más de años desde la captura del temible y precoz criminal, y el proceso aun apasionaba al país, ocupando la primera plana de los diarios, a pesar de la importancia de las noticias referentes a la inminente conflagración europea, que poco después azotó al mundo.

Pero faltaba aún la decisión final definitiva de la Cámara de Apelaciones. Detengamos un instante, antes de referirnos a ella, para dar lugar a un reportaje sensacional que se efectuó por aquella época, estando aún internado Godino en el hospicio.

Capítulo Diez

REPORTAJE SENSACIONAL

El doctor Vaccari, del periódico "La Patria Degli Italiani", dio un campanazo por aquella época, logrando entrevistar al Monstruo en su retiro, gracias a la cortesía de algunas autoridades. El diario agotó su tirada el día en que apareció la crónica.

He querido visitar a la fiera –confesaba el cronista–. Se me ha facilitado un largo coloquio con el delincuente Godino, un desgraciado que lleva el estigma de la más profunda degeneración; una pobre alma que tiene mucho que andar todavía antes de ser mucho menos malo de lo que es. Porque en él falta la sensibilidad, falta el dolor, falta el benéfico coeficiente que tanto en el campo físico como en el moral, renueva y modifica. Es un apático.

Narra el doctor Vaccari que el sujeto entró en la oficina donde se realizaría el encuentro, con el cigarrillo en la boca y aspecto preocupado, pero al ser interrogado en forma un tanto irónica por el Comisario, desapareció su nerviosidad y rió.

La conformación craneana del "petiso orejudo" era de lo más irregular y característica –dice el repórter– la mirada del infeliz, a veces resultaba dura, despiadada; otras veces era sensual, recordando la expresión de los leones cuando revuelve sus pupilas; ojos oblicuos, tendenciosos, cargados de visiones lúgubres, cínicos. Cuando ríe –observa Vaccari– alarga su mentón y el labio superior, y la nariz hace contracciones propias de las cabras. Y comienza el diálogo.

–Has dormido bien tranquilo al parecer –comenta el periodista.

–Ahora duermo bien, –responde alegremente Godino.

–¿Pero después de haber estrangulado a aquel niño? –pregunta ferozmente el interlocutor.

– ¡Ah...!, la primera noche, no más, me pasa así... después... nada...

–¿Y qué cosas sentías la noche del delito?

–Nada... el muchachito me seguía embromando y le decía al padre: "¡Papá, ha sido él, agárralo, ha sido él que me ha matado...!".

–Dime: ¿tu padre se embriagaba? –continúa Vaccari, estremeciéndose por las revelaciones.

–Ahora hace un tiempo que no toma, pero antes siempre estaba borracho y le pegaba a mi mamá.

–¿Tu madre viene a visitarte?

–No, señor. Tiene vergüenza.

–¿Cuántos crímenes has cometido?

–Once, tres muertos y ocho lastimados –contesta la fiera, sin hacer el menor esfuerzo para recordar.

–¿Y tú tomabas? –el periodista anota febrilmente.

–Claro, en cuanto salía de casa, unas copitas.

–¿Nadie sufre ataques entre los de tu familia?

–Mi hermano mayor y yo también. Pero mi hermano, casi todos los sábados, cuando cobra su trabajo y toma algo se cae y se precisan cinco o seis para sujetarlo... Grita, se muerde la lengua, –explica el "petiso orejudo" encendiendo otro cigarrillo, que chupa ávidamente.

–¿Sabe? –dice–, es el único vicio que me permiten ahora.

–¿Qué sensaciones sientes cuando estrangulas?

–No sé... me gusta. Ah, más: me da todo un temblor por el cuerpo que me sacude... siento ganas de morder. Al chico ese lo agarré con los dientes aquí, cerca de la boca y lo sacudía como hacen los perros con los gatos... luego me da mucha sed. La boca, la garganta se me

secan, me arden como si tuviera fiebre... –la revelación es espantosa y Vaccari siente un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

–¿Y por qué incendiabas las casas? –el interrogatorio periodístico es implacable.

–Para ver trabajar a los bomberos. Siempre corría a ver los incendios y les daba una mano. Es lindo ver como a veces se caen en el fuego y chillan al sentirse quemados.

–¿Y robar? –insiste el cronista.

–He robado, pero no me gusta. Ha sido un compañero mío quien me enseñó, pero no me gusta –repite asintiendo varias veces con la cabeza. –Yo no trato con esa clase de gente –sigue explicando–, me quedo solo y de vez en cuando hablo con el vigilante...

–¿Y nunca se te ha dado por estrangular a un hombre? –el reportero es infatigable.

–Si lo hubiera encontrado dormido, ¿cómo no?

Los ojos de Godino reflejan fríos destellos como de acero. Luego por sus pupilas pasan visiones dantescas, hasta que se estremece al recordar algo, y exclama:

–Estoy contento de estar preso. No saldría sino acompañado por un vigilante. Ya todo el mundo me conoce. Y además, el padre del muchacho...! ¡Otro caza, me mata! ¡Cómo lo he engañado...! ¡Otro que engañado...! Cuando me preguntó por su hijo le dije que no lo había visto y que lo buscara en la comisaría.

–Quiero hacerte una pregunta más. ¿Has llorado alguna vez? –intenta concluir el doctor Vaccari.

–Sí, señor, pero de rabia... lloraba de rabia cuando se me escapaba alguna volada.

–¿Pero y por algún otro motivo?

–Nunca.

–¿No te han inculcado acaso algún principio religioso?

–Como no, si soy bautizado.

–¿Y no te han dicho que puedes ser castigado aún así?

–No sé; pero aquí me han dicho que soy enfermo, que me van a someter a un tratamiento... entonces, ¿qué culpa tengo yo si no puedo sujetarme?

Con esta última frase terminó la entrevista, que publicada posteriormente haría conmover a las madres de todo el país.

* * *

Finalmente pareció que la opinión definitiva de los jueces concordaría en parte con la del público en general. Jamás la justicia argentina se había visto frente a mi suceso de tal naturaleza y magnitud. El pedido del Fiscal de Cámara (el proceso se encontraba ya en última instancia) fue lapidario, por lo que consideramos interesante reproducir sus párrafos finales.

"Los hechos expuestos han sido bien calificados "por el señor Agente Fiscal en la acusación. Constituyen los delitos de homicidio, lesiones leves, incendio y tentativa de incendio. Las muertes de los "menores Laurora, Vainicoff y Giordano, que son "los delitos más graves, deben calificarse de homicidios con alevosía y ensañamiento y por impulsos "de perversidad brutal. Si se trata de un reo mayor "de edad, le correspondería la pena de muerte de "acuerdo con lo dispuesto en el artículo 17 inciso "2° de la ley N° 4189.

"Las lesiones y los incendios están penados por "el artículo 17 de la misma ley; los delitos menos "graves deben considerarse agravantes del más grave. Como no puede imponerse al reo la pena de muerte por ser menor de edad, le corresponde la "de penitenciaría por tiempo indeterminado. Cierta "que existe la circunstancia atenuante de la menor "edad, pero ésta no ha de hacer bajar la pena.

"a) porque ya se computa al no condenar al reo a la muerte.

"b) porque la compensan y exceden ampliamente, circunstancias agravantes de reiteración y acumulación.

"Tampoco me parece admisible por lo anteriormente expuesto, que el sujeto deba ser considerado "como responsabilidad atenuada. Esta cuestión es "muy compleja y peligrosa. Godino es o no responsable. Considerarlo que lo fuera a medias sería "abrirle mañana las puertas de la cárcel para que "reanude su vida de crímenes. La atenuación de la "responsabilidad sólo me parece aceptable en delincuentes corregibles.

"Por las consideraciones expuestas y las de los "dictámenes del señor Agente Fiscal y de acuerdo "con las citadas disposiciones legales, el Ministerio "Público mantiene su acusación y pide que se revoque la sentencia, condenando a Santos Godino a "sufrir la pena de penitenciaría por tiempo indeterminado y accesorias legales".

La lucha entre la ciencia y el derecho llegaba a su fin. La Cámara de Apelaciones resolvería en última instancia la suerte definitiva del infeliz criminal. Los fundados informes psiquiátricos habían cubierto a Godino de un halo de irresponsabilidad legal. Los dos fallos de los jueces de instrucción y de sentencia apoyaban este criterio, y cualesquiera hubiera aseverado que, de seguir así los trámites procesales, los hados del inhumano personaje continuaban siéndole propicios.

Pero el 12 de noviembre de 1915, pasados ya casi tres años desde la iniciación de la causa, y estando el mundo convulsionado en plena hecatombe bélica, se reunieron en la Sala de Acuerdo los integrantes de la Cámara, doctores Vázquez, González Roura, Frías, Seeber y López García. Dos jueces habían absuelto. Dos fiscales habían acusado en forma terminante. Cinco especialistas de probada capacidad profesional había dictaminado: insania. Correspondía ahora a cinco magistrados decidir hacia dónde se inclinaba la balanza de la justicia. La cuestión planteada no se radicaba en si el "petiso orejudo" era o no loco. Bien probado estaba ello con los informes de los peritos, y no cabía duda de que el depravado individuo era un demente y de los más incurables y peligrosos. Lo que debía resolver la Cámara era en concreto, qué calificación y pena correspondía aplicar al caso, prácticamente único y no legislado expresamente por nuestros códigos. (Al igual que en los demás países donde se produjeron situaciones análogas, nuestros codificadores no habían podido humanamente contemplar casos tan fuera de lo común y extraordinarios. Y más que todo, teniendo en cuenta que el de Santos Godino sea, quizás único en la historia universal del delito. El Vampiro de Dusseldorf y tantos otros criminales asesinos de niños, del tipo de locos morales, han sido siempre mayores de edad. ¡"El petiso orejudo" había cometido sus atrocidades entre los 10 y los 16 años! Además en otras naciones existían establecimientos especiales para anormales delincuentes, de carácter psiquiátrico-penal, circunstancia que agravaba la cuestión en nuestro país que carecía de los mismos).

Finalmente el Tribunal Supremo se expidió sentando jurisprudencia, y manifestando entre otros fundamentos: "... que la absolución del loco moral de nuestro país sería inconveniente porque sólo podría ser internado en los asilos ordinarios de alienados, por la declaración de su incapacidad civil, que es distinta de la penal y por su juez respectivo y ello importaría a la vez un peligro social, puesto que esa internación no es permanente y está subordinada a diversos motivos y apreciaciones. Además el tratamiento carcelario nosocomial no difiere fundamentalmente en lo que a estos sujetos se refiere, y siendo nuestras cárceles para seguridad de los delincuentes y no para castigo, como lo prescribe la Constitución Nacional, mientras no existan disposiciones especiales al respecto en nuestras leyes y asilos convenientes, la cárcel es la mejor solución del momento por que brinda la mayor seguridad para la sociedad... Si la solución expresada no fuera la más conveniente, no se podría adoptar otra porque es la legal, pues ante los preceptos claros y terminantes de nuestra ley penal, el procesado no puede estar exento de pena desde que, como evidentemente resulta de toda las

informaciones médico-legales producidas, no es un imbécil absoluto, como lo exige expresamente el inciso 19 del artículo 81 del Código Penal."

Quedaba cerrado así definitivamente uno de los procesos más sensacionales e interesantes de los anales de nuestra justicia. En mérito a la minoría de edad le fue impuesta a Cayetano Santo Godino la pena de penitenciaría por tiempo indeterminado, por unanimidad de los vocales integrantes de la Cámara de Apelaciones.

El Monstruo pagaría al fin la deuda inextinguible que tenía con la sociedad.

EPILOGO

QUE EL CIELO LO JUZGUE

Cinco décadas han transcurrido desde aquella época, y las puertas de la lejana prisión del sur sólo se abrieron dos veces para el siniestro personaje. La primera para darle paso hacia la celda donde transcurriría su oscura existencia de penado, abrumado por la carga feroz de su conciencia, que quizá a través de los años de meditación y olvido haya renacido en su espíritu sombrío. Y la segunda para dejar salir su ataúd en dirección al cementerio, abriendo el tremendo interrogante de lo eterno, de ese ignoto más allá donde lo juzgaría el Juez Supremo, el que nunca se equivoca.

A pesar de los cincuenta años que pasaron, otras tantas generaciones han seguido discutiendo los pormenores de esta extraordinaria historia. Fervientes partidarios de la absolución en nombre de la ciencia, y denodados sostenedores del castigo impuesto en aras del derecho, continuarán polemizando, envueltos en la alucinación de las palabras y el papelerío.

Nosotros, modestamente, nos hemos conformado con resumir la historia en base a los documentos de la época, y al cabo de ella volvemos a convencernos por infinita vez de que el criminal cualquiera sea su naturaleza, no ha de escapar jamás al castigo eterno que involucra el bíblico precepto: "NO MATARAS".

Que el cielo juzgue al horripilante monstruo quien tuvo la desdicha de nacer para desgracia de sus semejantes. Y que esta modesta labor sirva para agregar un grano de arena en esa inmensa lucha que libra constantemente nuestra fuerza policial por prevenir el delito. Porque el crimen no es un mal al cual hay que curar. Es preciso, es necesario, es ineludible prevenirlo, si se lo quiere arrancar de cuajo de la sociedad.

FIN
de
EL PETISO OREJUDO
Una obra original
de J. E. FENTANES

MATE COCIDO

Capítulo Uno

EL ORIGEN DE UNA VIDA

El 21 de octubre de 1918 Segundo David Peralta se encaminaba por la Avenida General San Martín de la ciudad de Tucumán hacia la imprenta "El Orden", donde trabajaba como obrero encuadernador. Quienes lo conocían lo sabían hombre correcto y cumplidor, entre ellos su patrón el cual le tenía confianza y simpatía. Peralta pertenecía a una familia humilde y vivía por aquella época junto con sus ancianos padres.

Eran las tres de la tarde de ese caluroso 21 de octubre cuando la puerta del local se abrió para dar paso a un oficial de policía acompañado de un agente. Segundo David, desde el rincón donde se hallaba, vio que el representante de la ley conversaba con su patrón, haciendo señas hacia el lugar donde estaba la prensa, aludiéndolo evidentemente a él.

–¡ Peralta! –llamó el dueño de la imprenta.

–Voy, señor.

El obrero dejó su labor y se dirigió hacia el escritorio sin poder disimular su nerviosidad.

–¿Llamaba, señor?

–Aquí el oficial viene a reclamar su presencia en la comisaría... según parece acusado de robo.

El patrón era un hombre mayor y demostraba estar fuertemente impresionado.

–¡No puede ser, señor, no puede ser! –fue lo único que atinó a exclamar Peralta.

Entonces intervino el policía que había permanecido al margen del diálogo.

–Tengo órdenes estrictas de conducirlo detenido a la seccional.

Segundo David miró a uno y a otro. Parecía no comprender bien el significado de esas palabras.

–¡No puede ser: yo soy totalmente inocente, señor! ¡Yo soy una persona de trabajo –repetía– totalmente inocente!

–Me tiene que acompañar, Peralta –insistió el oficial– me tiene que acompañar y no ponga ningún inconveniente si quiere que las cosas vayan bien.

El destino se le caía encima en una forma imprevista y trágica: sintió todo el dolor del hombre que es acusado de algo que desconoce, que lo hace sentir desligado de toda la realidad, que lo hace sentir extraño frente a los valores de bien y de mal.

–Muy bien oficial –dijo Peralta cabizbajo– lo acompaño.

El vigilante que había permanecido junto a la puerta de la imprenta, se le acercó y lo tomó del brazo conduciéndolo hacia la calle. Peralta caminaba arrastrando los pies, abatido ante ese terrible e inesperado golpe del destino.

–Vamos, vamos –lo apremió el oficial.

Pero al llegar a la puerta, inesperadamente se dio vuelta y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

–¡Soy inocente, patrón, sepa que soy inocente!

El dueño de la imprenta lo vio alejarse así a Segundo David Peralta, obrero encuadernador en esa tarde tórrida del 21 de octubre de 1918 entre un oficial y un agente de policía acusado de robo. En ese entonces tenía Peralta escasamente 21 años. Era su primer encuentro con las

"policías bravas" de esa época. Y a partir de ese momento se empezó a gestar en Segundo David Peralta el famoso "Mate Cocido" con que sería conocido con el andar del tiempo. 21 de octubre de 1918: era una tarde caliente de la primavera tucumana.

Capítulo Dos

LA PRIMERA CONDENA

Mucho tiempo tuvo Segundo David Peralta para pensar en la justicia humana y en su triste destino mientras estuvo encerrado en la obscura cárcel de Tucumán: las horas se le hacían interminables y monótonas y terribles entre esas cuatro paredes; pudo contar muchas veces los siete fierros de la puerta de su celda; supo de memoria que ese cuartucho medía once pasos de largo –solamente once pasos– por ocho de ancho. Eso era lo que medía su cautiverio: once pasos de largo por ocho de ancho. Once por ocho. Once por ocho. Once por ocho. Esas dos medidas eran la medida de su vida, la medida de su tiempo que se deslizaba espantosamente igual durante todo el tiempo que estuvo ahí encerrado hasta que el Juez en lo Criminal doctor Carranza lo condenó a seis meses de cárcel acusado y convicto de robo.

–¡Seis meses! –se repetía Peralta– ¡ seis meses! Ciento ochenta días con sus veinticuatro horas y sus minutos y sus segundos y sus once pasos por ocho; seis meses por un delito del que no sabía nada! –eso era lo que se repetía Peralta una y otra vez apoyado en los siete fierros de la puerta de su celda. Tuvo tiempo –sobrado tiempo– de conocer hasta el cansancio, hasta la locura, todos los detalles siempre repetidos de su celda. Solamente tenía 21 años y ya tenía que purgar una culpa que él aseguraba, y se repetía no haber cometido nunca.

–¡Seis meses! ¡Seis meses!

Esa fue su primera condena. La primera condena que sufrió Segundo David Peralta. Y en el fondo de su espíritu iba creciendo la sombra de "Mate Cocido" que había de reemplazar con el tiempo a Segundo David Peralta.

Capítulo Tres

SIGUE EL DESTINO

Y los seis meses pasaron como todo pasa. Peralta fué puesto en libertad a comienzo del año 1919. Durante su prisión la Guerra Mundial número 1 había terminado en Europa. El no supo de eso. Pero sí supo que en el curso de ese año fue detenido tres veces acusado de robo. Esta vez le correspondió al doctor Sandoval condenarlo a nueve meses de prisión. ¡Nueve meses de prisión cuando recién tenía 22 años!

–¡Nueve meses de prisión! –se repitió ahora hasta el cansancio Peralta y volvió a contar los once pasos por ocho de su celda. Durante nueve meses. Cuando salió en libertad, se trasladó a la ciudad de Córdoba para evitar ese terrible y duro destino que lo iba hundiendo en la desesperación. Pero las circunstancias quisieron que su vida se desarrollara de muy distinta forma: se le avisó que su anciana madre estaba enferma.

Se trasladó nuevamente a Tucumán para estar junto a ella, en sus últimos momentos. Pero el destino se ensañaba con él. Su madre murió entre sus brazos y ése fue su único consuelo.

Para olvidar el dolor producido por la pérdida de ese ser querido se fué nuevamente a Córdoba donde pensaba rehacer su vida ya tan maltrecha.

Corría el año 1920 y Peralta se encontraba en Córdoba. Y allí fue donde marcó un verdadero "record" de detenciones: ¡12 detenciones en ese año!

Y así sigue la interminable lista de detenciones y; encuentros con la policía: en Tucumán nuevamente es detenido, pero el Juez Saravia lo sobresee y sale en libertad el 26 de febrero de 1924. El tiempo va cumpliendo inexorablemente su marcha. 1925. Segundo David Peralta se encuentra en la provincia de Corrientes y es detenido el 3 de marzo. Y va a la cárcel. Ya es un veterano de esos lugares, de esos tristes lugares. Ya no se acuerda de contar los pasos que mide su celda porque ya sabe que todas son iguales, se encuentre en Tucumán, en Córdoba o en Corrientes. Y hasta el tiempo corre de una manera distinta para el ex-obrero encuadernador. Y nos encontramos en 1926. Peralta está preso desde el año anterior, pero el juez doctor Castro lo sobresee. Pero su destino trágico se impone nuevamente a las circunstancias y tres horas después de salir en libertad, nuevamente es detenido. ¡Tres horas apenas!

El destino ha sido terrible y por momentos hasta tragicómico para con Segundo David Peralta; durante esos años corridos desde 1918 hasta 1926. Ocho años que han servido para convertir al humilde obrero encuadernador en el famoso "Mate Cocido" de la realidad y de la leyenda.

Capítulo Cuatro

MATE COCIDO EMPIEZA

Gancedo. Una pequeña localidad chaqueña sobre la línea férrea que va de General Capdevila a Roversi, estación situada al NE de la provincia de Santiago del Estero. Un rancho semiderruido en las afueras de Gancedo. Tres hombres. Uno es alto, musculoso, casi atlético y está sentado debajo de un guaribay tomando unos mates. Se llama Zamacola y tiene una fama muy bien ganada de hombre guapo y pendenciero. El otro, está echado sobre un catre que hay debajo del alero, es un hombre de unos cuarenta años, de cara roja y patibularia. Es famoso en toda esa región del Chaco: se le conoce con el nombre de "El calabrés" y tiene 50 entradas en la policía de tres provincias. Su verdadero nombre es Antonio Rossi y además de "El calabrés", tiene infinidad de alias. El tercero, está sentado en los ladrillos del corredor y se lo podría identificar por un ligero desviamiento de la cabeza sobre el hombro izquierdo. Allá por el año 1918 se lo conocía por el nombre de David Segundo Peralta y era obrero encuadernador. Ahora es "Mate Cocido" por el color de sus ojos. Y su futura fama se va a poner en juego esa misma tarde.

–¿Así que esta noche tenemos baile de nuevo? –pregunta el que está debajo del aguaribay.

–Así es. Zamacola. Así –dice el que está echado en el catre– esta noche tenemos baile y asado con cuero.

–¿Y un poco de vinito, eh, Calabrés?

–¡Mucho vinito, Zamacola, mucho vinito!

–¿Y no habrá alguna chinita? – pregunta Zamacola dejando a un lado el mate.

–¡Muchas chinitas, Zamacola, muchas chinitas!

Los dos se rieron un largo rato pensando en lo que se iban a divertir esa noche en Gancedo como lo venían haciendo desde quince días atrás con la plata de "El calabrés". Esa era la vida alegre y regalada que venían haciendo sin ocuparse ni de policía ni de nada. La cosa era divertirse. Y divertirse mucho.

–¡Así es lindo pasar la vida! –dijo Zamacola bostezando con los brazos muy abiertos.

– ¿Así que es lindo pasarse la vida así ¿eh? –intervino el que estaba sentado en los ladrillos del corredor–, ¿así que todo el tiempo se nos va a pasar así yendo y viniendo a Gancedo y exponiéndonos a caer en manos de la policía?

"El calabrés" se incorporó en su catre. Zamacola miró un largo rato al que había hablado. Por fin dijo:

–¿Así que tenes miedo, Peralta?

El otro habló con una voz muy lenta, muy pausada, como si pensara mucho lo que tenía que decir:

– Yo no le tengo miedo a la policía –dijo– ni a nadie. ¿Oíste bien, Zamacola? Ni a nadie.

Hubo un largo silencio: las moscas zumbaban baja el sol brillando como chispas verdes.

– Y esta noche nos vamos, se acabaron las farras –dijo Segundo David Peralta que ya era Mate Cocido. Que ya era el jefe. El jefe indiscutido. Mate Cocido había empezado a mandar.

Capítulo Cinco

LA MUERTE DE "EL CALABRÉS"

Tenían planeado el primer golpe en la localidad de Charata, al norte de General Capdevila. Se trataba de asaltar la casa de un matrimonio que según se había sabido tenía una suma de dinero escondida proveniente de una herencia recibida. La casa de éste matrimonio quedaba en las afueras del pueblo. Los tres: Zamacola, "El calabrés" y Mate Cocido se metieron en la espesura de un cañaveral que quedaba detrás de la casa para esperar la noche.

Las sombras de la noche se iban alargando sobre el cañaveral; apenas se veía el contorno de la casa del otro lado de un tapial.

–¿Es la hora ya? –preguntó Zamacola en voz muy baja.

–Esperamos un rato más a que se sienten a comer –dijo Mate Cocido.

El calabrés estaba arrodillado ahí nomás esperando las órdenes del que se había erigido en jefe indiscutido. Un perro ladró en el fondo del campo. Era una noche sin luna.

–¿Vamos? –volvió a preguntar Zamacola.

Mate Cocido los miró a sus dos compinches. Habló lentamente:

–No quiero violencia. ¿Entendido?

–Sí, sí –dijeron los otros dos.

–Bueno, vamos: ustedes por detrás mío para cuidarme la espalda.

Por la ventana vieron al matrimonio comiendo en la cocina de la casa. Los tres se dirigieron a la puerta, pero en ese preciso momento la mujer se levantó de la mesa y se dirigió a una de las habitaciones interiores. Esa circunstancia les pasó inadvertida cuando entraron a la cocina.

–¡Arriba las manos! –ordenó Mate Cocido.

El hombre, que era el único que en ese momento estaba en la cocina, se quedó con el tenedor a mitad de camino, con los ojos desmesurados de susto y de asombro.

–No se asuste, termine de comer y mientras tanto nos dice dónde tiene guardado el dinero.

–¿Y la mujer? –preguntó Zamacola dirigiéndose a su jefe.

–Debe haber salido –dijo Mate Cocido–, ¿no es cierto, amigo?

El hombre dijo que sí con la cabeza. Temblaba pensando en lo que iba a pasar cuando su mujer los oyera hablar en la cocina. El sabía perfectamente que su esposa era una mujer valiente y capaz de tomar una decisión. También oyó los pasos de su mujer en la escalera. Solamente él los oyó.

–Y ¿no nos dice dónde tiene la plata? –volvió a preguntar Mate Cocido.

–Está muerto de miedo –dijo Zamacola con una sonrisa, y se acercó al pobre vecino de Charata que estaba más muerto que vivo. Le puso la mano en la espalda y lo sacudió:

–¡Hable, amigo, déjese de pavadas!

El Calabrés, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se acercó al hombre que estaba sentado a la mesa frente a su inacabado plato de lentejas y chorizo y le dio una terrible cachetada.

–¡Cuente, hombre, no tenemos tiempo que perder!

–Tranquilo, Calabrés –ordenó Mate Cocido– ¡ya dije que no quería violencia!

Y en ese preciso momento se asomó la mujer que había regresado del dormitorio.

–¡Miserable! –gritó y disparó el arma.

El tiro pegó contra la pared de enfrente, pero les dio tiempo a Zamacola y al jefe para salir corriendo al campo. El último en salir fue El Calabrés. Los tres se perdieron en la noche. Sonó otro disparo. Ese ¡craann! característico de los revólveres y de las armas cortas. Los tres

hombres se habían metido en la obscuridad. Pero uno cayó. Cayó definitivamente después de sacudirse como si le pasara una corriente eléctrica; dos sacudones. Y quieto para siempre: era El Calabrés, cuyo verdadero nombre era Antono Rossi y cuya fama había pasado los límites de la gobernación del Chaco y de la provincia de Santiago del Estero.

Zamacola y Mate Cocido se internaron en la selva que siempre habría de ser la guarida más segura en todo su famoso historial. Agitados por la corrida, se sentaron entre unos matorrales.

–¡Resultó brava la mujer!

–Así es, así es –comentó brevemente Mate Cocido con su tono imperturbable.

–Sonó El Calabrés ¿eh?

–Así es. Pero es algo que no tiene que volver a ocurrir. Que no volverá a ocurrir. –Mate Cocido pensaba en la manera de evitar encontrarse con cosas inesperadas.

–¿Qué te parece si nos dedicamos a asaltar al primero que pase?

–No; eso no nos conviene, Zamacola. Nosotros tenemos que ir a lo seguro y a lo grande. Nada de pichinchitas. A lo grande, Zamacola.

Capítulo Seis

LOS PRIMEROS TANTEOS

El 12 de mayo de 1934 Zamacola y Mate Cocido resolvieron asaltar la casa de comercio de Isaías Jarats en la localidad de General Pineda.

Los hechos ocurrieron así: los dos compañeros suponían que en el comercio de Jarats había una gran cantidad de dinero en depósito para pagos de compras de algodón. Esos eran los informes que tenían. Y como se verá distaban mucho de ser exactos.

El comercio de Jarats quedaba en la calle principal de la localidad de General Pinedo, de ahí qué Mate Cocido dispuso toda suerte de precauciones a los efectos de no ser sorprendidos como en la oportunidad en que El Calabrés había muerto por la espalda en plena huida. Resolvieron que Mate Cocido entraría al negocio mientras Zamacola cuidaría la puerta haciendo de "campana" porque el asalto iba a efectuarse a la luz del día y ¡en la calle principal de General Pinedo!

A las siete de la tarde, cuando Jarats se disponía a cerrar el negocio, apareció un personaje que se caracterizaba por tener la cabeza ladeada hacia la izquierda. Era un hombre que hablaba con lentitud:

–Buenas tardes.

–Buenas tardes.

Mate Cocido se apoyó cómodamente en el mostrador y sacó su revólver:

–Ante todo no se asuste, porque si hace lo que le mando, no le va a ocurrir absolutamente nada.

Jarats miró el revólver negro que lo apuntaba y se pasó la mano por el cuello:

–¿Qué... qué deseaba? –tartamudeó,

–Me han informado que en la caja de hierro tiene guardada una rica cantidad de dinero – dijo el desconocido.

–No... no, señor. Tengo nada más que unos pesos,

–¿Unos pesos nada más? –el desconocido del revólver se sonreía con ironía. –Unos... unos seiscientos pesos.

–¡Nada más que seiscientos pesos? –el revólver negro brillaba enorme sobre el borde del mostrador.

–Sí... sí, señor; nada más. Es todo lo que tengo. El desconocido le ordenó que abriera la caja de hierro. Y efectivamente, en la caja sólo había seiscientos pesos atados con una gomita. Mate Cocido tomó el paquete y golpeó el mostrador:

–¿Esto es todo, amigo?

–Sí... si quiere, puede mirar en los cajones del escritorio.

–Le creo, le creo lo que me dice: pero para otra vez trate de tener algo más –dijo con una amarga sonrisa el desconocido del revólver. Se dio vuelta y se encaminó hacia la puerta. Desde allí volvió a repetir: –mis informes eran mejores, se lo aseguro; pero como usted me dice que no tiene nada más le tengo que creer.

–¡Eh, jefe! ¿te crees que se puede estar ahí charlando de esa manera?

–No te asustes, Zamacola, no te asustes: hay que ser correcto con la gente que es correcta – dijo Mate Cocido con una sonrisa. Se dirigió nuevamente al asustado Jarats y le aconsejó que no tratara de irritar porque si no, en la próxima oportunidad las cosas se iban a desarrollar de muy distinta manera.

Zamacola y su jefe salieron caminando tranquilamente por la calle principal de la localidad de General Pinedo y en plena calle se pusieron a contar el dinero que resultó que en lugar de seiscientos eran seiscientos treinta.

–Así es, Zamacola: esto es todo lo que tenía el tipo ese.

Los dos se repartieron el dinero y siguieron caminando con toda tranquilidad por la calle principal.

–Ese asunto de las noticias tenemos que tenerlo bien arreglado en el futuro –dijo Mate Cocido–tenemos que organizar nuestro sistema de información en una forma inobjetable.

–¿Inobjetable? –preguntó Zamacola que no entendió el término.

–Sí –explicó Mate Cocido– en una forma muy buena, bien organizada, para que no tengamos estas sorpresas.

Con todo, y pese al deseo y a las palabras de Mate Cocido, en la siguiente intentona, fracasaron de la misma forma: por mala información.

El auto venía a toda velocidad por el camino que une Charata con la localidad de Las Breñas, al sudoeste del Chaco. Era un Chevrolet, modelo 1933, pero llevaba una gran velocidad. A los costados del camino se extendía la impenetrable selva chaqueña, oscura y terrible en su silencio.

–Ahí viene el auto –dijo Zamacola que estaba estirado a un costado de la banquina.

–Córrete cien metros para adelante y tira un tiro cuando pase delante tuyo –le ordenó Mate Cocido.

Zamacola se puso de pie y corrió a toda velocidad hacia adelante, tratando de alejarse los cien metros lo más rápidamente posible.

Mate Cocido lo veía alejarse corriendo entre el alto yuyal, pero el auto corría a una velocidad mayor, y apenas Zamacola se había alejado unos treinta metros, ya lo tenía encima.

–¡Salta –gritó Mate Cocido– salta y atácalo! –El también saltó al camino blandiendo su revólver negro.

El auto estaba a unos metros. Era un coche rojo, brillante.

–¡Alto, alto! –ordenó Zamacola, tirando un disparo al aire–. ¡Alto! El auto no frenó ni aminoró la marcha. Ya estaba encima de Mate Cocido.

–¡¡Alto!! –ordenó, haciendo fuego entre las ruedas. Pero el auto se le echó encima y desde la parte de atrás le hicieron unos disparos que resonaron en la inmensidad de la selva virgen. Mate Cocido se tiró violentamente a la banquina lastimándose con unos cardos que crecían al borde del camino. Los tiros seguían resonando: ¡crann! ¡craann! –alguien disparaba con revólver. Era Zamacola que había hecho un perfecto cuerpo a tierra en medio del camino. Mate Cocido lo podía ver desde donde él estaba. Pero del auto que ya se alejaba en un recodo del camino hacia Punta del Cielo, tiraron unos tiros que sonaron de manera muy distinta.

–¡Bajá del camino que están tirando con máuser! –ordenó Mate Cocido–, Zamacola seguía en medio del camino tirando inútilmente con su revólver corto: ¡craann! ¡craann! –¡Están tirando con máuser! –gritó nuevamente Mate Cocido: recién entonces vio que Zamacola se dejaba rodar de costado todo cubierto de tierra hacia la banquina del camino.

Al rato, cuando el automóvil rojo desapareció definitivamente en el desierto camino hacia Punta del Cielo, Zamacola y Mate Cocido se pusieron de pie y se reunieron debajo de unos árboles que crecían en la costa del camino. Los dos estaban cubiertos de tierra y de sudor, dándoles un aspecto de terribles forajidos.

–Pareces un asaltante –dijo Mate Cocido con su lenta voz y mostrando los dientes en una sonrisa amplia.

–¿Todavía tenes ganas de reírte con todo lo que pasó!

Mate Cocido golpeaba el suelo con una ramita que había recogido:

–¿Querés que me ponga a llorar?

–No –Zamacola estaba extrañado de la actitud de su jefe– pero casi nos liquidan.

–Sí –admitió Mate Cocido– sobre todo a vos, Zamacola.

–¿Y eso te hace tanta gracia?

–No; todo lo contrario. Solamente pienso que nuestro sistema de informaciones falla terriblemente. Y, hasta que no tengamos un buen sistema de noticias, no vamos a poder hacer nada como la gente.

–¿Y por qué no organizamos una banda? –sugirió Zamacola.

Mate Cocido se golpeó las botas con su ramita y se echó hacia atrás como si se dispusiera a dormir una larga siesta.

–Eso es lo que vengo pensando hace tiempo –dijo– desde la muerte de El calabrés. Pero ahora va a ser mejor que duerma un rato –y apoyó la cabeza en las raíces de un algarrobo–. Vos podés hacer lo mismo, Zamacola: te va a hacer bien dormir un rato después de este entrevero.

Capítulo Siete

SE FORMA LA BANDA

El primero en integrar la banda fue un tal Bejarano, de origen correntino que tenía en su haber dos homicidios calificados y un intento de evasión de la cárcel de Resistencia, capital del Chaco. Bejarano era un tipo flaco y que siempre llevaba en un ángulo de la boca un pucho apagado. Por esa circunstancia algunos lo llamaban "Pucho", pero ese alias no era muy divulgado, porque el tal sujeto siempre que hablaba de sí mismo, decía: "–Si Bejarano hiciera tal cosa; si Bejarano hubiera hecho; si Bejarano hubiera dicho", y como se refería a sí mismo llamándose por su propio nombre, el alias de "Pucho" casi no era conocido.

Otro integrante de la primitiva banda de Mate Cocido se lo conocía con el nombre de Indio Herrera: era un sujeto que se suponía había nacido en el Paraguay o en Misiones y tartamudeaba al hablar pronunciando las palabras en una forma gangosa y ¡cuando le preguntaba cómo se llamaba, decía:

"–Me llamo el guindio Guerrera; el guindio Guerrera", y sacudía el lacio cabello que le caía sobre la frente.

–¿ Así que te llamas el Indio Herrera ? –le preguntó Mate Cocido en la primera entrevista en que le ofreció formar parte de la banda.

–Sí; el guindio Guerrera.

Al tercer componente de la banda le decían el Pampita y era un muchachón que se había escapado de su casa en la localidad de Comandante Fontana en la gobernación de Formosa. Al principio lo tenían para lo que vulgarmente se llama "petizo de los mandados".

"–Vení para aquí, Pampita; llévale esto al jefe, Pampita". Y el muchachón trataba por todos los medios de servir para algo.

Estamos por lo tanto, en los comienzos del año 1935 y la primitiva banda de Mate Cocido está formada, por Zamacola, Bejarano, Indio Herrera y el Pampita.

Era una noche, del mes de febrero de ese año cuando los cinco componentes de la banda acababan de comer un asado con cuero entre unos árboles y se habían echado a dormir mientras fumaban un cigarrillo. El cielo era muy claro, muy sereno, parecía que se podían contar las estrellas que apuntaban sobre toda la inmensidad de la selva chaqueña que se aplastaba silenciosamente sobre la tierra, como si también se hubiera dispuesto a dormir. Ya no se oían ni los ruidos de los pájaros ni la charla de los cinco hombres, Estamos a unos kilómetros de la localidad de Los Frontones, sobre la línea del ferrocarril, que une Río Muerto con Pampa del Infierno. El monte es bajo, más bien achaparrado, como si estuviera de acuerdo con los trágicos nombres de esas lejanas y solitarias localidades chaqueñas: Río Muerto, Pampa del Infierno.

Siete hombres a las órdenes del oficial Villalba habían venido haciendo una batida por el monte, desde el pueblo principal de Presidente Roque Sáenz Peña hacia el oeste, siguiendo la línea del ferrocarril. Habían hecho el trecho comprendido entre Sáenz Peña y Los Frontones sin tener ninguna novedad. Los elementos policiales iban desplegados a los dos costados de la vía y el oficial iba montado en una zorra de mano que se deslizaba sobre las vías. Eran los últimos minutos de la tarde; todavía había una luz tenue sobre el campo.

–¡Allá hay unos hombres, mi principal! –comunicó uno de los agentes.

–¡Apaguen todas las linternas y ábranse a los costados de la vía! –ordenó el oficial. El mismo bajó de la zorra que quedó sobre los rieles.

El destacamento policial se abrió en abanico tratando de acercarse lentamente a ese claro del monte donde habían acampado esos sospechosos.

Cuerpo a tierra se pudieron acercar hasta unos cincuenta metros; el oficial mantenía contacto con todos sus hombres desplegados en hilera de combate porque suponían –y con razón– que se iban a tener que enfrentar con aguerridos bandoleros, hechos a todos los vericuetos de la selva y a sus múltiples secretos y escondrijos.

Desde el lugar en que se habían apostado el oficial Villalba podía distinguirse perfectamente el fuego de los cigarrillos de los hombres de Mate Cocido. Contó: eran cinco puntos rojos en la obscuridad. Hizo correr la voz de que cuando él hiciera un disparo luminoso, se debía abrir fuego. La orden fue terminante:

–Recién cuando yo largue al aire una señal luminosa.

Los componentes de la banda de Mate Cocido estaban muy lejos de suponer el peligro que los acechaba a unos metros escasos. Solamente pensaban en descansar fumando un cigarrillo. Después podrían dormir con toda calma a la sombra de esos árboles seculares, debajo de ese cielo tranquilo y despejado.

Mate Cocido solamente era el único que oteaba el monte y la loma por donde corrían las vías del ferrocarril, como si presintiera con algo de felino el peligro que se cernía sobre sus hombres. Ahí cerca de sus pies ya roncaba Bejarano; Zamacola daba las últimas pitadas a su cigarrillo, el Indio Herrera y el Pampita dormían un poco más lejos.

De pronto, sonó un disparo. No la bala luminosa, sino un disparo de revólver que se le había escapado a uno de los hombres del contingente policial.

–¡Maldito sea! –dijo el oficial Villalba–, ¡maldito sea! –y ordenó rápidamente que sus hombres avanzaran disparando en círculo cerrado. –¡Metan bala!, ¡metan bala! –gritaba como desesperado por el fracaso de la primera parte de su plan–. ¡Metan bala!

Lo revólveres repercutían con sus ecos en la selva silenciosa y oscura: ¡craann!, ¡craann! Las tropas policiales cerraban su cerco en torno a las vías del tren. Era imposible que los bandoleros pudieran escapar de esa perfecta tenaza que se iba cerrando como un lento y terrible bostezo.

–¡Metan bala!, ¡metan bala sin asco! –gritaba enardecido el oficial Villalba.

Los hombres de Mate Cocido se iban replegando sobre la selva, medio dormidos, como asombrados de ese inesperado y furioso ataque que les caía como algo del cielo. Mate Cocido también guiaba a sus hombres. El también era un jefe. Un verdadero jefe que tenía que demostrar en esa espantosa emergencia toda su serenidad y su valor.

–¡Al monte! –gritaba– ¡al monte!, ¡méntanse en el monte que yo los cubro! –ordenaba mientras hacía carraspear su "recortado". Las balas silbaban con su ruidito característico de monstruosos y mortales moscardones: ¡yzuumm, yzuumm! Mate Cocido se agachaba unos minutos y disparaba su arma mientras hacía señas a sus hombres para que se internaran en el bosque, para que se perdieran en el monte en sus más oscuras e intrincadas sendas. –¡Al monte! –gritaba desesperadamente, con la misma energía que enfrente suyo ordenaba el oficial Villalba: –¡Metan bala; metan bala sin asco!

Mate Cocido hacía fuego. Retrocedió unos metros zigzagueando entre unas matas. El monte estaba a unos veinte metros escasos. La parte más oscura del monte que era la que él buscaba desesperadamente.

Pero mientras retrocedía, palpó con sus manos un cuerpo inerte manchado de sangre:

–¡El Pampita! ¡Pobre muchacho!

Y el Pampita estaba ahí tirado boca arriba, inerte, con los brazos en cruz debajo del cielo sereno de esa noche chaqueña en los comienzos del año 1935.

Pero el terrible destino de esa noche –a pesar de la muerte de El Pampita favoreció a Mate Cocido, porque Zamacola, una vez que estuvo cubierto de los tiros policiales, apuntó

cuidadosamente con su cuarenta y cinco al que parecía –dentro de esas sombras que se iban espesando cada vez más– comandar la tropa policial que los atacaba. Y esa sombra era la del oficial Villalba, que con tanta valentía dirigía su pequeño pelotón en su ataque contra los bandoleros chaqueños. Un ¡áy! seco y doloroso marcó la herida. Había sido un duro impacto en medio del pecho que lo tiró entre un matorral. Uno de sus subalternos se le acercó presurosamente arrastrándose como una serpiente, bien pegado a la tierra.

– ¿Le pasó algo, mi principal?

Apenas podía hablar el oficial Villalba:

–Sí; me han herido en el pecho –dijo en medio de un estertor– creo que ha de ser una herida mortal –apretaba los dientes después de cada palabra – ordene reunión sobre las vías – respiraba dificultosamente– porque no vamos a poder perseguirlos.

El subalterno sacó su silbato y dio tres largos pitidos. Los disparos se fueron espaciando primero y después desaparecieron totalmente. Se hizo un profundo silencio en medio del monte después de ese tiroteo. Era un silencio más evidente, como si se hubiera podido tocar como a una cosa espesa, sólida

–¡Reunión sobre las vías! –ordenó el subalterno que se había hecho cargo del destacamento policial por ser el más antiguo.

Los elementos policiales se fueron reuniendo lentamente en torno al cuerpo caído de su oficial. El oficial Villalba parecía herido de muerte, pero después de una convalecencia en Roque Sáenz Peña, se encontró en perfectas condiciones.

No ocurrió lo mismo con el cuerpo de El Pampita, porque a la mañana siguiente fue enterrado por sus compinches. El Indio Herrera se encargó de cavar una tumba a la sombra de un ñandubay. El sol caía duramente sobre ese seco rectángulo de tierra que se iba abriendo para dar cabida a ese muchacho formoseño que había servido de "petizo de los mandados" de la primitiva banda de Mate Cocido.

Mate Cocido, mientras hacía una rústica cruz con dos palos, pensaba en un nuevo atraso que estaba proyectando la noche anterior cuando fueron atacados de improviso por la patrulla policial. Pensaba en una noticia que había recibido de sus fuentes de información, la cual había empezado a organizar entre los paisanos que le debían favores o "gauchadas". Mate Cocido pensaba en la forma más segura de atacar al pagador de la firma Bunge & Born que en esa época compraba las cosechas de algodón en la antigua gobernación del Chaco. También pensaba en algo que creía era una necesidad fundamental y que iba a poner en práctica después de cada atraco: la dispersión de la banda a los efectos de que ninguno de sus ex componentes pudiera conocer nada más que uno o dos de los refugios que él tenía.

Capítulo Ocho

EL ASALTO AL PAGADOR

Estamos a 18 de junio de 1935 frente a la sucursal de Bunge & Born en la localidad de Pampa del Infierno, la estación siguiente a Los Frontones. Es una casa de bajos con dos ventanas sobre la calle y la puerta de entrada. Bejarano y el indio Herrera se tenían que situar en la puerta y Mate Cocido y Zamacola iban a entrar a las oficinas donde trabajaban cinco empleados. Mate Cocido sabía por sus informes que el pagador tenía que estar listo con 8.000 pesos en una cartera portafolio a las 15 horas dispuesto a ponerse en viaje con el auto que estaría estacionado junto a la vereda.

Todo ocurrió como lo había previsto: el auto estaba ahí parado; los dos hombres designados se detuvieron junto a la puerta de entrada y Mate Cocido y Zamacola se metieron como quien entra a informarse de alguna cosa.

–¡Buenas tardes todo el mundo y todo el mundo manos arriba! –ordenó tranquilamente Mate Cocido.

Los empleados se quedaron boquiabiertos junto al largo mostrador de madera. El pagador venía de una habitación del fondo con la cartera llena de dinero.

–¡Eh! ¡ Usted, el de la cartera, venga para aquí sin hacer escándalo! –ordenó el jefe de la banda.

Zamacola se había apoyado junto a una de las ventanas atento a cualquier señal que le hicieran los que se habían quedado afuera.

Los otros empleados miraron hacia el fondo del local: el pagador avanzaba abriendo y cerrando rápidamente los ojos. Un súbito parpadeo de nerviosidad lo dominaba.

–¡No parpadee tanto, amigo, que aquí no va a pasar nada! –dijo sonriendo Mate Cocido y se apoyó sobre el mostrador con la misma tranquilidad que hubiera pedido una copa de vino y se dispusiera a tomársela.

El pagador había depositado la cartera sobre el mostrador y esperaba una nueva orden de ese sujeto de cabeza ladeada sobre el hombro izquierdo que lo apuntaba con un negro revólver.

–¿Cuánto tiene ahí dentro?

–Ocho mil pesos en billetes de a cien y de cincuenta –contestó el pagador cerrando y abriendo los ojos a una velocidad mayor.

–Déjese de parpadear, tanto, compañero, y cuente la plata que nos vamos a llevar –dijo Mate Cocido continuando con ese tono que le era característico.

El pagador empezó a contar los billetes, pero antes requirió un mojadador de goma, por la fuerza de la costumbre.

–¡ A ver, pronto un mojadador de goma para que el pagador pueda contar los billetes! –ordenó Mate Cocido dirigiéndose a uno de los empleados.

Zamacola lo miraba asombrado desde su rincón junto a la ventana. El pensaba que era mucho más eficaz y más rápido pegarle un golpe al pagador, atar a todos los empleados y salir corriendo con el dinero.

Mientras tanto el pagador contaba lentamente los billetes sobre el mostrador: –Trescientos, cuatrocientos, quinientos, seiscientos...

Por un momento pareció que las cosas se iban a tornar trágicas cuando un agente de policía pasó de a caballo frente a las oficinas de Bunge & Born. Los dos hombres que estaban

apostados en la vereda ocultaron sus armas entre las ropas dispuestos a sacarlas no bien el vigilante diera señales de detenerse y entrar a las oficinas.

Adentro, el pagador seguía contando el dinero sobre el mostrador:

–Ochocientos, novecientos, mil, mil cien– mojava el dedo en el mojadador de goma y lo hacía correr sobre la pila de billetes.

Junto a la ventana, Zamacola miraba con ansiedad el paso del caballo del representante del orden. En ese preciso momento estaba frente a la ventana donde él estaba apoyado. Menos mal que los empleados que estaban del otro lado del mostrador no podían ver lo que pasaba en la calle, porque si no, alguno quizá se hubiera decidido a pegar un grito de alarma. El pagador seguía contando los billetes y seguía cerrando y abriendo los ojos con la velocidad de un cartel luminoso presa de una creciente nerviosidad a pesar de las palabras de tranquilidad que había dicho Mate Cocido. Pero el vigilante pasó por delante sin dar señales de bajar de su cabalgadura. Los minutos pasaban lentamente. Mate Cocido no perdía su inalterable tranquilidad.

–Parece que no sabe contar muy bien el señor pagador –dijo con su lentitud característica. El pagador terminaba de contar. –Átalos a todos los empleados –ordenó el jefe de la banda– porque me parece que en este pueblo hay demasiada vigilancia.

Zamacola rápidamente ató a los empleados que estaban del otro lado del mostrador y se quedó detrás del pagador empuñando su revólver. El todavía pensaba que hubiera sido mucho mejor y más rápido dormirlo de un golpe en la nuca.

–¿Le doy un mazazo? –preguntó dirigiéndose al jefe.

–No, Zamacola –dijo Mate Cocido mientras tomaba la cartera con el dinero contado y ordenado– es mejor tratar bien a la gente. La gente es agradecida, ¿No es cierto, señor pagador?

El hombre seguía presa de la nerviosidad, pero tuvo fuerza para contestar que sí moviendo la cabeza.

– Buenas tardes, entonces, a todos, y muchas gracias –saludó Mate Cocido mientras se dirigía hacia la puerta seguido muy de cerca por Zamacola que había maniatado al pagador y lo había metido debajo del mostrador, de manera que si alguien llegaba de la calle en ese preciso momento, encontraba el local completamente vacío, solitario.

Los cuatro compinches caminaron por la calle y doblaron en la primera calle lateral, hasta llegar al auto que habían conseguido precisamente en esos días y que posteriormente dejaron en una de sus andanzas por las tierras chaqueñas en el mismo lugar de donde lo habían sacado.

El auto marchaba a toda velocidad por el camino que corre paralelo a la vía del tren que va hacia Concepción del Bermejo. Iba traqueteando por los baches del camino.

–Ocho mil dividido cuatro da dos mil para cada uno, ¿no es cierto?

Bejarano que iba al volante dijo que sí con la cabeza.

–¿Estamos de acuerdo? –volvió a preguntar el jefe mirando a cada uno de los componentes bien a la cara–. ¿No hay ninguno que esté disconforme?

–No, no –dijeron todos.

–Muy bien, entonces: dos mil para Herrera, dos mil para Zamacola, dos mil para Bejarano y dos mil para mí – dijo mientras iba repartiendo el dinero robado entre sus hombres.

Siguieron un rato sin hablar. El monte impenetrable iba quedando a los costados del auto que marchaba a toda velocidad.

–Ahora se baja Herrera –ordenó Mate Cocido.

–¿Por qué, jefe? –preguntó el Indio dándose vuelta en su asiento.

–Ahora baja Herrera –repitió Mate Cocido con los ojos brillantes.

–Muy bien jefe –dijo Herrera al notar el color de los ojos de Mate Cocido. Su pregunta había estado de más y el Indio lo había entendido muy bien.

El auto se detuvo en un recodo del camino y el Indio Herrera se despidió de sus compañeros.

–¡Buena suerte!

–¡Buena suerte!

El auto arrancó de nuevo y el indio Herrera se quedó solo en medio del camino con sus dos mil pesos bien contados.

Al rato, dijo de nuevo Mate Cocido.

–Ahora Zamacola va a tomar la dirección y Bejarano se baja –ordenó.

Bejarano no preguntó cuál era la razón de esa medida; se limitó a decir que sí con la cabeza y a frenar el coche.

–¡Buena suerte!

–¡Buena suerte!

Ahora quedaron solamente en el auto Mate Cocido y Zamacola que manejaba. El auto arrancó velozmente dejando atrás al lugar donde había bajado Bejarano. Durante un largo rato permanecieron en silencio. Zamacola no aguantaba más las ganas de preguntarle a su jefe cuál había sido la razón de esa medida, que aparentemente los perjudicaba, en tanto se quedaban sin elementos para actuar en un golpe grande en el que se necesitaba por lo menos cinco hombres para poder actuar con toda comodidad y eficacia. El auto seguía corriendo por ese deficiente camino chaqueño cubierto de pozos y de baches que estremecían los ejes y hacían sacudir la capota.

Zamacola no aguantó más:

–Dígame, jefe.– ¿cuál es la razón de abandonar a los compañeros en esa forma?

Mate Cocido hizo como si no hubiera entendido:

–¿Qué forma?

–Dejarlos en medio del camino con dos mil pesos.

–Y bueno: ya se les ha pagado ampliamente los servicios prestados.

–Pero es gente a la que vamos a necesitar –dijo Zamacola mirando hacia el espejito del coche donde lo veía reflejado a Mate Cocido.

–A esa gente no la vamos a necesitar más, Zamacola, porque ellos ya han hecho todo lo que sabían hacer. Ahora me molestarían en el sentido de que podrían delatar todos nuestros escondites. Ellos no conocen nada más que a uno o dos, pero nada más.

Y esa fue la táctica que de ese día en adelante siempre practicó sistemáticamente Mate Cocido: utilizar a los hombres en uno o dos atracos, pero apartándolos de su banda no bien conocían más de dos de las guaridas que él tenía diseminadas en la inmensa selva chaqueña. En cuanto a Zamacola, lo conservó siempre a su lado, porque comprendía que era imprescindible tener un hombre de su valor personal que le fuera totalmente adicto y que conociera todas sus guaridas para cualquier cosa que pudiera ocurrir inesperadamente.

Capítulo Nueve

LA QUINTA DE CAMPO LARGO

Campo Largo es un caserío que queda sobre la línea del ferrocarril que va de Aviaterei a Santiago del Estero pasando por Charata y Gancedo, lugares donde se desarrollaron los primeros capítulos de la azarosa vida de Mate Cocido.

La calle principal de la localidad de Campo Largo se llama San Martín y al final, cuando ya no hay ninguna casa al borde de esta calle, nos encontramos con una quinta medio abandonada que pertenece a Mauricio Cejas, un antiguo amigo de Mate Cocido a quien conoce desde sus tristes andanzas por la provincia de Corrientes.

Y en ese lugar fue donde después del atraco al pagador de Bunge & Born en Pampa del Infierno, se dedicaron a descansar y a disfrutar de los cuatro mil pesos que les habían tocado en total a Zamacola y al Jefe.

Se pasaban el día comiendo y durmiendo y tomando mate. De vez en cuando se destapaba una botella de ginebra, y el licor corría sin descanso durante las largas horas muertas. Pero los acontecimientos determinaron inesperadamente que esas tardes tranquilas y de "dolce farniente" tuvieran un final trágico.

Serían las nueve de la noche del 7 de setiembre de 1935 cuando se encontraban Mate Cocido y Zamacola durmiendo en una de las piezas del rancho principal de la quinta, cuando sintieron grandes gritos:

–¡La policía, la policía! –gritaba el dueño de la quinta, Mauricio Cejas, mientras venía corriendo del lado de la tranquera.

–¿Son muchos? –atinó a preguntar el jefe de la banda mientras metía la cabeza debajo de una canilla de agua fría para despejarse bien. Después, cuando supo que se trataba de una partida policial numerosa, requirió un par de revólveres que había dejado en la percha.

–¡Vamos, Zamacola, vamos, arriba! –le ordenó a su compinche.

Zamacola se levantó tan rápidamente como su jefe y empuñó su famoso revólver.

–¿Por dónde vienen? –fue la pregunta de Mata Cocido en función de una posible fuga. El sabía que el único lugar por donde podían salir era por un cañadón que daba a los fondos de la quinta.

–Por todos lados –fue la respuesta de Cejas–. Atacan por todos lados, jefe.

En otra habitación del rancho dormían los dos hermanos Miranda que habían servido en alguna oportunidad para "trabajos" de menos cuantía.

–¿Se levantaron los Miranda?

–Sí, jefe –dijo Cejas–, pero ellos afirman que no hay manera de escaparse.

En esos momentos sintieron una grandes voces que llegaban del lado de la tranquera:

–¡Tienen un minuto para ir saliendo con los brazos en alto!

Un largo silencio siguió a esa orden policial: Mate Cocido y Zamacola se miraron y ambos comprendieron que estaban dispuestos a entregar sus vidas pero a un alto precio.

–¿Tenes bastantes balas?

–Sí, jefe –dijo Zamacola.

–¿Y usted qué hace, Cejas, se entrega?

–Yo no me le animo a los tiros de la policía.

–Nosotros dos tampoco peleamos –dijo uno de los Miranda que en ese momento se había asomado a la puerta del cuarto de Mate Cocido.

–¿Así que se asustaron los valientes Miranda? – dijo Zamacola que tenía una vieja cuestión de hombría con los dos hermanos.

–Eso habría que verlo –replicó el que estaba en la puerta.

–¡Ahora no es momento de discutir pavadas! – gritó Mate Cocido–. El que quiere entregarse que se entregue, pero –ya Mate Cocido estaba tramando un plan de escapatoria– se van a entregar cuando yo les avise.

–Está bien, jefe –dijo Cejas.

–Está bien, jefe –admitió también Miranda.

En ese momento se volvió a oír la voz que gritaba enfrente de la casa:

–¡Ya ha pasado el minuto que les dimos de plazo para entregarse!

Mate Cocido se asomó al corredor del rancho y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

–¡Nos entregamos! ¡Solamente estamos tratando de poner de pie a uno que está enfermo! – mientras decía eso le hacía señas a Zamacola para que fuera a buscar al otro de los Miranda–. ¡Ya nos entregamos! –volvió a gritar hacia la oscuridad.

–¿Tenemos que avanzar hacia la tranquera, jefe?

–Sí: vos anda avanzando con los brazos sobre la cabeza.

El otro Miranda ya estaba con todo el grupo debajo del alero del rancho.

–Cuando Cejas avance treinta metros, avanzas vos –ordenó Mate Cocido– y al ratito avanza tu hermano, ¿de acuerdo?

–Sí, jefe –admitieron los tres hombres que no se decidían a hacer frente a las balas de la policía.

–Vayan saliendo y que tengan buena suerte – dijo Mate Cocido a modo de saludo.

Cuando solamente quedaron un poco atrasados él y Zamacola, éste le preguntó:

–¿Y todavía les deseas que les vaya bien a esos porquerías muertos de miedo?

–Sí: los cobardes siempre son buena gente, Zamacola.

–¿Y los valientes?

–Los valientes somos nosotros, Zamacolita viejo –dijo Mate Cocido y se metió en el cuarto seguido de su compañero. Los dos saltaron por la ventana de atrás y se metieron entre unos cañaverales que rodeaban el rancho por ese lado. Al fondo quedaba el cañadón por el que pensaban escapar. Mate Cocido sabía perfectamente que estaban rodeados, pero hasta que advirtieran su escapada y la de Zamacola, iban a tener unos preciosos minutos que serían los suficientes como para llegar hasta el cañadón.

Sonó un disparo en la tranquila noche chaqueña. Un solo tiro.

–¡Muy bueno! –dijo con voz baja Mate Cocido– ¡muy bueno! Ahora los que están cuidando el cañadón van a pensar que el jaleo se arma frente al rancho y van a abandonar la vigilancia.

Por el lado del rancho que había quedado a sus espaldas empezaron a sonar los tiros anunciando que ellos dos se habían escapado.

–¡Vamos, vamos, rápido! –ordenó Mate Cocido. Ya estaban en el borde del cañaveral. justo al comienzo del cañadón que pasaba por delante del camino en el que suponía que estaban apostados algunos representantes del orden.

–¡Allí están! –señaló Mate Cocido– ¿los ves?

–¿Dónde? –Zamacola no veía bien en la oscuridad.

–Allá: sobre el camino.

Efectivamente, sobre la loma del camino estaban apostados dos vigilantes que parecían dudar sobre lo que tenían que hacer al oír los disparos, pese a que la orden había sido que cuidaran muy especialmente esa zona del camino. Ellos no desobedecieron la consigna como era lógico, pero se adelantaron lo suficiente como para que Mate Cocido y Zamacola se pudieran meter por dentro de uno de los enormes caños por los que corría un arroyito que salía al otro lado del camino.

Los dos se metieron ahí dentro y empezaron a caminar en dirección a la tenue claridad que se veía del otro lado.

–¿Qué tal, Zamacolita? –preguntó Mate Cocido con la ironía que le era habitual en esos casos.

–Allá deben estar desesperados –dijo como único comentario Zamacola. Sus palabras reseñaron por el eco del enorme caño de cemento.

–¿Oíste?

–¿Qué?

El jefe se sonrió:

–El eco, Zamacola.

Los dos avanzaban con los pies metidos en un barro muy blando que se hundía a medida que caminaban. Ya sentían el fresco que venía del campo.

–Si podemos cruzar hasta el monte, salimos bien de este entrevero.

–Sí, sí; apúrate.

Ya estaban de nuevo debajo del cielo sereno. Ahora los dos vigilantes habían quedado a sus espaldas. Era cuestión de correr un buen trecho.

–Corramos, Zamacola.

Los dos corrieron a todo lo que daban sus piernas quebrando las cañas de los matorrales que crecían al costado del camino.

Por un momento pareció que los dos vigilantes iban a sentir el ruido que hacían al correr sobre las matas secas que se resquebrajaban, pero en esa oportunidad la suerte les fue favorable. Pero Mate Cocido había perdido a tres útiles elementos que se entregaron a la policía.

–Son unos flojos esos tipos –comentó cuando estuvieron metidos en la espesura.

Mate Cocido pareció reflexionar:

–Sí, Zamacola, tenes razón, son unos flojos, pero ahora van a estar mucho más seguros que nosotros.

–Sí –admitió Zamacola–, pero metido ahí dentro.

–La libertad es peligrosa, Zamacolita –dijo Mate Cocido–. y éstas fueron sus últimas palabras, porque al rato se quedó dormido al pie de unos palos borrachos.

Capítulo Diez

EL GRAN GOLPE EN MACHAGAY

Machagay es el punto más importante entre Presidente Roque Sáenz Peña y Presidente de la Plaza. Es una reducida población de unos dos mil habitantes en su mayoría gente que comercia con el algodón. Pequeñas casas, más bien pobres de aspecto, un par de calles de tierra y pedregullo, una sucursal del Banco, dos cafés y un baldío que pretende ser Plaza, componen lo más importante del ejido urbano. Mate Cocido en este asalto había tenido en cuenta los elementos que paulatinamente había ido perfeccionando desde el comienzo de su terrible carrera. Sus medios de información se habían hecho sobre todo entre gente que por una razón u otra le tenía miedo o le estaba agradecidos por favores que le hubiera hecho en alguna oportunidad.

Otro factor fundamental en el planeamiento de todos sus atracos era el minucioso conocimiento del terreno: árboles, casas, caminos, bañados, ríos, disposición de las habitaciones, costumbres de los habitantes de la casa. Según es fama en la zona sud del Chaco, en una oportunidad, un desconocido que se había sentado a tomar unas copas en un bar de Haumonia, le preguntó con una lenta pronunciación al dueño del local si él tomaba mate todas las mañanas a las seis y media; y cuando el patrón del bar le contestó que sí a ese desconocido, éste le volvió a preguntar si por casualidad era con yerba Flor de Lis y el dueño del negocio tuvo que reconocer que así era en efecto, en medio de su asombro y el de las personas que escuchaban ese diálogo. Ese desconocido era Mate Cocido. Hasta tanto había llegado su conocimiento de los hombres ricos que vivían en las distintas localidades chaqueñas.

Otro elemento indispensable en todos los atracos que llevó a cabo en su larga carrera delictuosa Mate Cocido era la precisión.

Y la precisión fue el elemento más importante en el asalto que llevó a cabo el 6 de agosto de 1936 en las oficinas de la empresa Dreyfus en la localidad de Machagay.

Mate Cocido tenía la noticia precisa de que había en caja para pagar una partida de algodón cuarenta y cinco mil pesos. Era una suma muy importante y por lo tanto había extremado los recursos para que ningún detalle fallara dentro de su minucioso plan.

El problema más importante que se presentaba era la falta de hombres en ese momento. Eran ellos dos solamente. Mate Cocido y Zamacola. Y el hecho de que ellos dos solos se animaran a llevar a cabo ese asalto sabiendo perfectamente que en la oficina había diez empleados, revela bien a las claras que se trataba de dos hombres de una audacia que sobrepasaba los límites de lo común.

Esos eran los elementos principales: dos asaltantes –diez empleados– cuarenta y cinco mil pesos y cinco minutos que era el tiempo máximo que debían utilizar para no tener ningún contratiempo.

Los dos hombres entraron y caminaron hasta el medio del salón justo delante de la ventanilla de pagos.

–¡Arriba las manos todo el mundo y nada de violencias!

–¡Ese es Mate Cocido! –atinó a decir uno de los cajeros.

–¡Lamento decirle que tiene razón! –dijo con su inalterable tono el jefe–. Y por lo mismo les ruego que no traten de provocar desórdenes, ¡Pongan sobre la mesa los cuarenta y cinco mil pesos que están en el tercer cajón de la caja de fierro sin chistar y aquí no va a pasar nada desagradable!

El tesorero, que se veía directamente apuntado por el revólver negro de Mate Cocido y que estaba tan cerca de él que le podía sentir el aliento, obedeció rápidamente.

Ya había pasado un minuto y medio desde el momento en que los dos asaltantes habían penetrado en el local de Dreyfus y Cía.

El tesorero estaba colocando el dinero sobre una mesita baja.

El auto los estaba esperando en la puerta con el motor en marcha, pero no había nadie al volante.

Zamacola dirigió una mirada circular a todos los hombres que con sus guardapolvos blancos estaban allí con los brazos levantados. Lentamente se fue dirigiendo hacia la puerta. Eran tres minutos desde que ellos habían entrado.

–¡Quieto aquel chico del fondo! –gritó con voz tonante Mate Cocido.

En realidad no se había movido nadie, pero es una forma de tener dominados bajo el miedo a todos esos hombres. Después se dio vuelta y le ordenó a Zamacola que ya estaba junto a la puerta. –Deciles a los muchachos que estén tranquilos– era otra mentira perfectamente hábil y psicológica en tanto desorientaba a los empleados sobre la cantidad de gente que componían la banda.

El dinero estaba listo. Mate Cocido agarró la valija y empezó a retroceder sin darse vuelta. Ya Zamacola estaba en el coche con la portezuela abierta y el pie sobre el acelerador.

–¡Listo, viejo, métele! –ordenó Mate Cocido antes de haber saltado al coche. El coche se lanzó hacia adelante y él pegó un salto y después de tirar la valija con los cuarenta y cinco mil pesos al fonda del coche, se dispuso a llenar de balas toda la calle principal de la localidad de Machagay.

–Apretá el acelerador. Zamacolita –ordenó– que si se dan cuenta de que no somos más que dos, va a haber jaleo.

–No te preocupes, jefe, no te preocupes, que yo sé lo que es manejar – contestó Zamacola echado sobre el volante y cruzando las últimas casas del poblado como alma que lleva el diablo.

Recién entonces vieron a los primeros empleados de Dreyfus que se asomaban a la calle y señalaban hacia el lugar por donde el coche había escapado dejando una estela de tierra.

–Salió limpio –comentó Zamacola.

–Limpio, muy limpio –comentó simplemente Mate Cocido.

El auto huía a toda velocidad hacia el lado de El Aguará, una pequeña e insignificante localidad al sur de Machagay. Eran las seis y diez de la tarde del 6 de agosto de 1936. Y Mate Cocido llevaba en la valija cuarenta y cinco mil pesos "aportados" por la empresa Dreyfus.

Capítulo Once

LA ERA DE LOS SECUESTROS

La era de los secuestros acontece al mismo tiempo que una circunstancia que nunca había estado dentro de los planes de Mate Cocido.

Su fama se ha hecho tan grande que –cosa curiosa– ha suscitado imitadores, que traían aparejado como consecuencia, que muchos atracos y asaltos que no había cometido Mate Cocido, se los atribuían gratuitamente.

Dos fueron las bandas que lo imitaron más asiduamente a Mate Cocido en su carrera de fechorías: una, la de Greco, fue la más importante y la que durante mucho tiempo "trabajó" en la misma zona del sud y centro del Chaco, en los departamentos de Tapenaga, Campo del Cielo, Naalpi y Martínez de Hoz. Y debido a esa superposición en las regiones donde desarrollaban "sus actividades", es que en muchos casos, se produjeran confusiones. Así, a comienzos de 1937, Mate Cocido se encontraba en la localidad de Charada leyendo unos diarios para enterarse de las últimas noticias, pues habían andado con Zamacola por la selva huyendo de la policía.

–Zamacola –preguntó– ¿nosotros asaltamos a un tipo llamado Lavié en Enrique Urien?

Zamacola se puso a pensar, pero al rato negó con la cabeza.

–No, jefe; nosotros nunca anduvimos por Urien, solamente estuvimos en Villa Angela.

–Es gracioso que nosotros nunca hayamos estado ahí, porque según el diario asaltamos a un tipo llamado Lavié en Urien.

–Esos tipos del diario están mejor informados que nosotros –dijo Zamacola.

–Puede ser un inconveniente para nuestro trabajo –reflexionó Mate Cocido– un serio inconveniente.

– Mejor nos vamos más al Norte, jefe, ¿eh?

– Es una idea esa, es una idea –comentó apenas Mate Cocido. Pero él tenía otra que posteriormente puso en práctica. Y no fue precisamente eliminar a las bandas que lo imitaban, sino simplemente hacerlos entrar en su propia banda y de esa manera "tranquila", de hecho se evitaba toda posible competencia.

La otra banda que lo "imitaba" a Mate Cocido era la de Benigno Purailly que tuvo un largo historial en los alrededores de la capital del Chaco, en todo el departamento de Resistencia. La banda de Purailly durante mucho tiempo tuvo su cuartel principal en los alrededores de Laguna Limpia y de Laguna Brava. Esa es una región prácticamente intransitable debido a los amplios y terribles bañados que la cubren, sobre todo en las épocas en que el Río Paraná-Miní se desborda, formando charcos y lagunas en los que únicamente pueden entrar los baqueanos y las alimañas.

Esta segunda banda "imitadora" fue totalmente deshecha por la policía, de manera que Mate Cocido no tuvo mayores dificultades.

Después que el problema de estas dos bandas rivales fue eliminado por el año 1938, Mate Cocido y Zamacola se dispusieron a actuar en una forma distinta a la que lo habían venido haciendo. Y en lugar de dedicarse a los asaltos a mano armada, resolvieron dedicarse a los secuestros, que según calculó el jefe, tenía que dar más resultado, de acuerdo a las noticias que él tenía sobre esos "asuntos" de la Capital Federal y de los Estados Unidos. Porque en esa misma época llegaron a su culminación las bandas de "secuestradores" que pedían grandes sumas de dinero para devolver al rehén: así tenemos los famosos casos del "baby" Lindbergh en los Estados Unidos cuyo secuestrador terminó sus días en la silla eléctrica, y en nuestro

país, el famoso "caso" Ayerza, en que el rehén fue brutalmente muerto por los secuestradores. Pero esos planes violentos no estaban dentro de los planes ni del temperamento de Mate Cocido.

El primer secuestro fue el que pasamos a contar a renglón seguido:

El forcito de los esposos Garbarini marchaba en su característico traqueteo a la altura de la localidad de Laguna Blanca en el camino a Resistencia. El matrimonio iba sentado en el asiento delantero y la señora llevaba sobre sus rodillas a su hija de unos seis años. En realidad era la única que iba contenta y se divertía con el viaje, porque sus padres estaban preocupados con la situación de su charra. Esa era la razón por la que viajaban a la capital del antiguo territorio.

–¿Falta mucho, Juan? –preguntó la señora de Garbarini.

–Unas dos horas más o menos –la contestó el marido.

–Porque estoy deseando llegar para bañar a la nena y meterla en la cama. No duerme bien desde ayer, Juan.

–No te preocupes, Elsa. Ya llegamos.

Así iba cambiando un lento y monótono diálogo el matrimonio, cuando de pronto en un recodo del camino, vieron saltar al medio de la calzada a un hombre más bien bajo que esgrimía una pistola negra calibre cuarenta y cinco.

–¡Cuidado, Juan, que tiene revólver! –atinó a decir la señora de Garbarini pensando en el peligro que corría su hijita.

–A éste lo aplasto – dijo su marido apretando el acelerador.

–¡No, no, Juan, que puede tirar!

El señor Garbarini hizo una mueca y fue frenando el auto lentamente hasta detenerlo ante ese hombre que estaba ahí parado y que todavía no había abierto la boca.

–¿El señor Garbarini?

–Un servidor –dijo con ironía el señor Garbarini.

El hombre que lo estaba apuntando se sonreía y siguió el tono irónico que había empleado su interlocutor:

–¿Tendría la gentileza de llevarme a mi y a un amigo hasta unos kilómetros antes de Resistencia sin hacer resistencia?

El señor Garbarini estaba indignado con esa burla y ese juego de palabras que intensificaba su sensación de impotencia.

Pero su mujer, más serena y más dueño de sí, la puso su mano sobre el brazo y habló de ella:

–Si, pero ¿qué es lo que quiere de nosotros?

–De eso hablaremos en el viaje –dijo tranquilamente Mate Cocido.

–Muy bien. Suba.

Mate Cocido le hizo una seña a Zamacola que se había quedado en el zanjón esperando cualquier tentativa de fuga por parte de Galbarini.

–¿Quiénes son, mamá? –preguntaba la nena.

– Unos señores que quieren que los llevemos –le contestó su madre tratando de que su hija no advirtiera el posible drama que se podía desarrollar en el auto si su marido se dejaba llevar por su temperamento arrebatado.

El auto se puso en marcha y siguió rumbo a la localidad de Donovan. Ese era el lugar elegido por Mate Cocido para descender con el señor Garbarini y ordenar a la esposa que siguiera viaje hacia la capital del territorio en busca del rescate.

Después de una media hora larga de traqueteo sobre la polvorienta carretera, Mate Cocido ordenó:

–Aquí tiene que parar, señora.

La señora de Garbarini obedeció sin chistar. El auto se detuvo junto a unos árboles.

–Ahora, usted baja –volvió a ordenar Mate Cocido.

Zamacola le dio un empujoncito en la espalda con su pistola a Garbarini que bajó lentamente del coche. Su mujer y su hijita habían quedado solas en el asiento delantero del auto.

–¿Dónde va, papito!

–A comprar unas cosas, nena.

El señor Garbarini se dirigió a su mujer:

–Lo único que me preocupa es la nena, Elsa.

–No te hagas mala sangre: yo me encargo de todo, Juan.

Mate Cocido que escuchaba desde el otro lado del auto, se dirigió a la señora de Garbarini:

–Son veinte mil, señora.

–Los tendrá. Pero le pido que no le hagan nada a mi marido que es muy nervioso.

–Ya me di cuenta, señora. No se preocupe. Usted solamente ocúpese de conseguir el dinero.

–¿Cómo hay que entregarlo?

–Dentro de quince días se toma el tren en Sáenz Peña y se sienta del lado izquierdo yendo hacia Pampa del Infierno. Usted tiene que estar atenta a una línea de faroles. Cuando los vea, tire el paquete con el dinero y al día siguiente estará en compañía de su marido.

–Muy bien.

–Pero ¡nada de avisar a la policía! Porque si no, va a haber dificultades.

–¿Entendido, señora?

–Entendido, "señor".

El tono de la señora de Garbarini no lo hirió a Mate Cocido. El sabía muy bien el papel que estaba jugando, así es que no esperaba ninguna clase de gentileza por parte de esa esposa dolorida y que tomaba con tanta dignidad tan terrible situación.

–Ahora usted viene con nosotros –dijo Mate Cocido dirigiéndose a Garbarini cuando el forcito se perdió en una de las vueltas del camino rumbo a la capital del territorio.

–¿Usted cree que su señora podrá conseguir ese dinero? –preguntó Zamacola.

–Mi señora es capaz de cualquier cosa –contestó el señor Garbarini con un desafío en los ojos.

Pero tuvo que deponer esa actitud de violencia ante el trato ejemplar que recibió de parte de sus secuestradores durante todo el tiempo que estuvo en su compañía en un rancho perdido en la inmensidad de la selva chaqueña. Estuvo en total apenas tres días preso, tanto fue el apuro que tuvo su mujer para juntar el dinero exigido para el rescate.

El pago se cumplió tal como lo había proyectado Mate Cocido: la señora de Garbarini tomó el tren en la estación Roque Sáenz Peña con boleto hasta Pampa del Infierno.

Durante todo el viaje que hizo de noche, fue mirando atentamente por la ventanilla, observando el oscuro monte y pensando en su marido de quien hacía tres días que no sabía nada, y que pese a la opinión de sus parientes, no dio parte a la policía por temor a cualquier desmán o venganza de los secuestradores. También iba pensando en su hijita que había quedado con su familia en Resistencia y que constantemente le preguntaba por el padre ausente. Cualquier luz que aparecía la tenía alarmada y nerviosa, pero después de una larga hora de viaje y cuando ya creía no ver más esa línea de faroles, en un recodo que hacía el tren después de la estación de Concepción del Bermejo, distinguió perfectamente, a unos cien metros de las vías las luces indicadoras. Entonces abrió lentamente la ventanilla como para no llamar la atención de los pocos pasajeros que estaban dormitando en el vagón y tiró el paquete con los veinte mil pesos atado con un grueso piolín que envolvía los papeles de diarios que protegían los billetes de cien y de cincuenta.

Después que tiró el paquete con el dinero, siguió mirando por la ventanilla para ver si distinguía a los hombres encargados de levantar el rescate. Y efectivamente, cuando el tren todavía no se había alejado ni cien metros del lugar, vio aparecer a dos hombres que saltaban y corrían entre los matorrales en dirección al terraplén del ferrocarril.

Pero el tren siguió su marcha y las sombras esas se perdieron en la obscuridad de la noche. Solamente todavía se distinguía la línea de faroles que cortaba con una raya amarilla y brillante la negrura de las tinieblas.

A los tres días, exactamente a los tres días, los esposos Garbarini se reunieron nuevamente. Lo primero que la señora le preguntó a su marido fue la manera cómo lo habían tratado.

–Muy bien, Elsa –dijo Garbarini con una sonrisa– casi mejor que en casa.

Su mujer lo abrazó con una amplia sonrisa:

–¿Te daban muy bien de comer?

–Pollo todos los días.

–¿Y de dónde lo sacaban?

–¡Ah! Eso sí que no lo podría decir.

Esa fue la forma cordial en que se reunieron los esposos Garbarini, evidenciando que Mate Cocido, a pesar de su terrible fama, nunca tuvo que recurrir a la violencia aún en los momentos que por su características se hubiera podido esperar algo desagradable.

Capítulo Doce

EL SECUESTRO DE LA JOVEN

El 20 de abril de 1939 la joven Gregoria Otero se dirigía a Sáenz Peña con su padre, a los efectos de liquidar un negocio en que él habría de ganar unos cincuenta mil pesos. Mate Cocido estaba al tanto de esas circunstancias y resolvió cortarles el camino en La Chiquita, estación intermedia entre Quitilipi y Sáenz Peña. El auto fue detenido, pero la sorpresa de Mate Cocido y de Zamacola fue enorme al ver la belleza de la joven chaqueña.

–Usted se queda con nosotros –fue la orden de Mate Cocido.

La joven los miraba en forma desafiante y trató de calmar a su padre que temblaba pensando en el destino que le podía caer a su hija en manos de esos facinerosos.

–Si llegan a hacerle algo, les juro que me la pagarán –dijo el viejo Otero.

–Usted no se preocupe por su hija, sino por los treinta mil pesos.

Antes habían sido veinte mil, ahora eran treinta mil los que exigían los dos secuestradores. Cantidades muy elevadas si se piensa en la época de esos acontecimientos.

El padre de la joven se quedó solo en el camino mientras miraba alejarse el automóvil donde iba la hija de veinte años y esos dos hombres maltrazados.

Su única preocupación fue liquidar rápidamente ese negocio, a los efectos de contar con el dinero necesario para pagar el rescate exigido. La forma del pago debía hacerse de la misma manera que en el caso de los esposos Garbarini: tomar el tren y tirar el dinero donde viera la línea de faroles.

Mientras tanto, en un rancho medio derruido que quedaba cerca del bañado La Dora, Zamacola y Mate Cocido establecieron su refugio. La muchacha no les dirigió la palabra durante todo el trayecto en auto y mantuvo su mutismo esa tarde y esperaba seguir imperturbablemente igual esa noche. Pero los acontecimientos se desarrollaron en muy distinta manera. La luna se había asomado sobre el rancho semidestruido del bañado La Dora. Zamacola le había llevado de comer en el único plato existente en todos esos contornos a la joven Otero. Ella había permanecido en la misma actitud agresiva y despreciativa.

–¿No quiere comer nada más, señorita?

Ella no lo miró; solamente dejó el plato a un costado de sus piernas. Zamacola no pudo menos de percibir el encanto y las formas de la joven que estaba sentada casi a sus pies.

Dio media vuelta para retirarse de la habitación, pero la joven lo detuvo con una pregunta:

–¿Aquí es donde tengo que dormir?

–Sí; va a tener que dormir aquí. Yo me voy a encargar de conseguirle una manta.

–¿Y los mosquitos?

–Yo le voy a tapar la ventana con unos diarios. No se preocupe.

Tan amable era el tono de Zamacola que la joven no pudo menos de mirarlo con cierta simpatía. El lo notó y adoptó una sonrisa como de agradecimiento.

–¿Tiene mucho miedo, señorita?

–No.

–Es raro que no tenga miedo.

–¿Y de quién voy a tener miedo, de usted?

–No; de nosotros, no; pero de la soledad, de lo que le pueda pasar a su papá.

–Mi padre se sabe cuidar muy bien, y por mí parte, yo he nacido en medio del monte.

El diálogo pareció tomar cierto interés.

–¿Así que usted es chaqueña y del medio del monte?

–Así es.

Zamacola quiso hacer una pequeña broma para aliviar el ambiente tenso:

–Con razón es tan brava.

–No sé qué me quiere decir con eso.

–Sí –explicó Zamacola esbozando una sonrisa – usted es medio mala como los animalitos del monte.

–¿Usted cree?

El hielo evidentemente esta roto.

–¿Así que tengo que dormir aquí obligatoriamente? –volvió a preguntar la joven.

–Sí; el lugar es bastante malo. Pero esté segura de que nada ni nadie la va a molestar.

–Se lo agradezco.

Zamacola se retiró de la habitación con la sensación inefable de esa dulce presencia femenina. Pensó nuevamente en el tono de su voz, en lo que había visto de sus piernas, en el contorno de su cuerpo que se insinuaba debajo de su leve vestido. Zamacola sintió que la presencia de esa joven era una especie de oasis en su vida dura y terrible. Advirtió que más allá de sus aventuras y de las de su jefe Mate Cocido, existía todo un mundo que le era extraño, donde la presencia de una mujer podía dulcificar toda la vida.

Zamacola aspiró el hondo perfume de esa noche chaqueña; después fue en busca de la manta y de los diarios que le había prometido a la joven.

Cuando pasaba debajo del alero, oyó la voz de Mate Cocido que le gritaba:

–¿Así que le estás preparando el nidito a la paloma?

–Se trata de aliviarle su situación, jefe.

–¿Y de cuándo a acá te has convertido en Hermana de Caridad?

–No bromea, jefe.

–Parece que algo le ha picado a Zamacola –comentó Mate Cocido como si estuviera hablando con otra persona.

Zamacola le entregó la manta a la joven quien se había soltado su largo cabello que le caía suavemente sobre los hombros. Después, con unas tachuelas pegó los diarios en la ventana.

–Ya está –dijo– ahora no va a tener mosquitos.

–¿Y no habrá mirones?

La joven lo observaba fijamente con sus ojos azules. Zamacola sintió su profunda mirada y la intención de sus palabras.

–No; no habrá mirones. Se lo aseguro, señorita.

–Buenas noches entonces.

–Buenos noches, señorita.

Mientras tanto, el padre de la joven había resuelto dar parte de las exigencias de los dos secuestradores Y toda la policía del territorio se había puesto en movimiento para dar con la pista de Zamacola y de Mate Cocido.

Toda esa noche se la pasó Zamacola rondando delante de la ventana de la joven, atento a cualquier novedad que pudiera ocurrirle. Pero la primera noche se deslizó en el tiempo sin ningún contratiempo. A la mañana siguiente, no se produjo ninguna novedad entre los dos, porque Mate Cocido se había corrido hasta la localidad de Las Chuñas para informarse de algunos detalles para otro golpe que venía preparando hacía tiempo.

Ese día pasó en esa situación que sigue a todo comienzo de relación entre un hombre y una mujer joven. Zamacola la miraba desde lejos, como si esperara que en cualquier momento ella le fuera a dirigir la palabra. Pero lo único que le preguntó fue si había un lugar para bañarse. Zamacola le contestó que se podía bañar en un viejo tanque australiano que quedaba a unos trescientos metros de la casa.

–¿Puedo estar tranquila, Zamacola? –era la primera vez que lo llamaba por su apellido.

–Sí señorita. Puede estar muy tranquila– recalcó él.

Los dos fueron caminando hasta el lugar donde quedaba el viejo estanque y Zamacola después se retiró. Pero no pudo resistir a la tentación de esconderse entre unos árboles con ánimo de espiar a la joven.

Ella se despojó lentamente de su ropa, cubierta a medias por unas matas. El sol chaqueño del mediodía cayó sobre sus blancos senos, sobre su espalda contorneada hasta la cintura. Su cabello también brilló como si hubiera sido de fuego debajo del sol del mediodía.

Zamacola, por un minuto, pensó acercarse a la joven llevado de sus instintos, pero algo más fuerte que él lo retuvo y se alejó hasta el rancho.

Al rato, cuando él se había sentado debajo del alero, la vio llegar sonriente y con alguna ropa en la mano.

–¿Estaba linda el agua?

–Estaba suave como un beso. Sí.

–¿Alguna vez la besaron a usted, señorita?

Ella se sonrió mostrando sus blancos dientes:

–¿Y a quién no lo besaron alguna vez?

–Así es, así es.

–Hasta a usted alguna vez lo habrán besado.

–Hace mucho de eso, señorita.

–¿Y no le gustaría volver a besar a alguien?

–¿Quién me va a querer besar a mí, señorita?– dijo Zamacola pasándose la mano por su cara hirsuta.

–¿Y si abandonara toda esta vida que lleva y se casara y llevara una vida decente?

–Ya es muy tarde, señorita. Ya no se puede cambiar.

–Siempre se puede cambiar, Zamacola.

Ambos se miraron un largo rato como si hubieran tenido que comunicarse algún antiguo secreto compartido por ellos dos solamente. Pero en ese preciso momento, apareció Mate Cocado que regresaba de su viaje hasta la localidad de Las Chuñas.

–¿Qué tal la pasó la joven cautiva? –dijo con su natural tono de ironía.

–Bien, muy bien –contestó ella: ¿no es cierto, Zamacola?

–Así es, así es.

Mientras tanto se había hecho el día en que tenía que pagarse el rescate exigido. La policía del territorio le pasó todas las actuaciones a la Gendarmería Nacional, que en esa época había cerrado sus cuadros organizándose en una forma que actualmente es un modelo en su género.

El plan que había organizado la Gendarmería Nacional era muy simple: todo se iba a desarrollar como se había convenido. El señor Otero tomaría el tren rumbo a Pampa del Infierno, pero en lugar de llevar el dinero exigido, portaría un paquete con papeles y nada más que papeles. Tiraría ese paquete como si realmente contuviera el dinero. Del resto, se encargaba la Gendarmería Nacional.

Capítulo Trece

EL FIN

El tren largaba una interminable banda de humo que se iba perdiendo en la inmensa selva chaqueña. En medio de la noche sólo se veían las ventanillas con las luces prendidas y el rojo de la caldera que bramaba en el silencio como el pecho de un asmático.

El tren avanzaba a toda velocidad rumbo a Pampa del Infierno. Trágico nombre que siempre recordaría trágicos sucesos en la historia del bandolerismo argentino.

El viejo Otero apoyaba su frente llena de pensamientos contra el frío vidrio de la ventanilla. Pensaba en la suerte de su hija, en lo que le podía haber pasado a esa joven de veinte años entre los dos salvajes forajidos. Pensaba en su hija en medio de la inmensidad de la selva chaqueña. También pensaba en el peligro que ella corría por su actitud de avisar a la policía la exigencia de los secuestradores.

Más atrás, a unos cien metros del tren que se hundía en la noche chaqueña avanzaba un autovía cargado de gendarmes dispuesto a dar fin a las andanzas de Mate Cocido y de Zamacola. Venían armados hasta los dientes al mando de un teniente de la Gendarmería Nacional.

De pronto, después de haber pasado una larga curva, el viejo Otero distinguió la línea de faroles cortaba la obscuridad de la noche. Abrió la ventanilla haciendo una seña a un gendarme que estaba en su mismo vagón disfrazado de civil y que era el encargado de estar en contacto con los que iban en el autovía. Al ver la señal de Otero, se puso de pie y se dirigió al final del tren para hacer una señal convenida.

Mientras tanto, Mate Cocido y Zamacola estaban junto a la línea de faroles y vieron el tren que doblaba el final de la curva.

–¡Ahí viene!

–Sí, ya lo vi.

La joven estaba sentada junto a un árbol y seguía todos los movimientos de Zamacola que parecía extremadamente nervioso como si temiera algo inesperado, y terrible.

–¿Estás nervioso, Zamacolita?

–No; debo de estar medio enfermo. Nada más.

Todos esos días había estado recapacitando en lo que le había dicho la joven respecto de arreglar su vida y comenzar una nueva existencia honrada y tranquila. Eso era lo que le roía constantemente la conciencia. También lo ponía tenso la presencia de la joven que lo miraba insistentemente.

El tren estaba justo delante de ellos. Una de las ventanillas se había abierto y había alguien que se asomaba.

–¿Vamos, Zamacola?

–Sí, jefe. Vamos.

Zamacola la volvió a mirar a la joven como si presintiera algo.

Los dos corrieron hacia el terraplén del ferrocarril.

–¡¡Dense presos!! –gritó una terrible voz en medio de la obscuridad y automáticamente varios reflectores surgieron como por encanto.

Mate Cocido apenas tuvo tiempo de agacharse velozmente y dejarse caer por el terraplén. Su movimiento fue tan rápido que ni el mismo Zamacola tuvo tiempo de reaccionar, pero ese mismo movimiento produjo la reacción de la Gendarmería que disparó; todas sus armas sobre

Zamacola quien cayó atravesado por una verdadera cortina de plomo. No tuvo tiempo ni de decir ¡ay!

–¡A buscarlo al otro; a buscarlo al otro! –ordenaba el teniente de la Gendarmería.

Pero Mate Cocido ya estaba como a treinta metros del lugar. Se arrastraba como una verdadera víbora, con todo el furor y la rapidez que le imponían las circunstancias. Se apretaba rabiosamente contra la tierra. Oyó la descarga que había aniquilado a su compañero Zamacola. Todavía oía las voces de los gendarmes; y las luces de los reflectores picoteaban la oscuridad de la noche. Se detuvo unos segundos para tomar aliento. Una sola idea lo obsesionaba en ese momento: la muerte de Zamacola. Zamacola había sido su único gran compañero y ahora había quedado ahí tirado como una vieja osamenta bajo el cielo. Mañana lo comerían las alimañas. Mañana. Ahora tenía que hacer un último esfuerzo para perderse en ese monte intrincado que había sido su otro fiel compañero. Ya no se acordaba ni de la joven ni del rescate. Solamente pensaba en escapar y en hundirse para siempre en la selva. En esa selva de la que no saldría jamás. Que lo tragaría como por ensalmo y que lo cubriría para siempre.

FIN
de
MATE COCIDO
Una obra original
de PEDRO PAGO